

LA LEYENDA DE LA REINA MORA

AGUA FUERTE DE JULIO RUELAS



JR

JUNIO DE 1907

REVISTA MODERNA DE MEXICO



DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA.

VIAJES EXTRAORDINARIOS

DE SIR JOB, DUQUE

(CONTINÚA)

III

PASEOS EN BOTE.

Es necesario tener una imaginación muy mezquina, para no figurarse el mar tal como es. Puede perfectamente comparársele á una de esas personas á quienes saludamos sin saber su nombre, seguros de haberlas visto en otra parte. El mar es un antiguo conocido. Le hemos visto en los lienzos de la Academia, en las decoraciones del teatro, en los grabados de los periódicos europeos, en todas partes. Es una inmensidad de vasos de agua.

Lo único que sorprende es su color. Los que no lo conocen piensan que es azul como lo que llamamos cielo. Y, en efecto, la franja que recorta el horizonte es de un azul muy tenue y apacible: diríase que es un cielo desteñido. Pero el agua más

próxima á nosotros, la que impele el bote en que vamos, ó se quiebra á nuestros pies, no tiene la transparencia ni el color que le atribuimos. Es aceitosa y de un verde obscuro como el vidrio malo. En esas ondas no puede haber más sirenas que las voraces tintoreras. Hablando con exacta propiedad, el mar no tiene color propio. Cambia y muda como el corazón de una coqueta. Según la hora, varía su aspecto. Ya se azulea, se tornasola ó se ennegrece; ya se ruboriza como la mejilla recién besada de una virgen; ya corre en anchas cintas plateadas ó se dora como si el sol tendiera sobre el agua las rubias hebras de su cabellera. Por de contado, el mar no es uno en todas partes. El Atlántico no es igual al Pacífico, ni el Pacífico al Mediterráneo. En alta mar el agua se ve distinta que en el Golfo. Las ondas de éste

son muy turbias y espesas, exceptuando los sitios en que la corriente equinoccial introduce las aguas límpidas del mar Caribe. Además, contemplando desde el muelle, el mar se ve canalla y traficante. Hay que mirarlo á solas, frente á frente, sin barcas noruegas que lo afeen, ni mozos de cordel cuyas imprecaciones destempladas atajen el sereno vuelo del espíritu. Ya no es entonces el esclavo nubio que trae y lleva mercancías, sino el titán cuyos gigantes brazos rodean el cuerpo de la tierra. Allí está Dios.

*
*
*

Casi todos, no experimentan al mirar el Golfo la sensación intensa que aguardaban. Parece, al pronto, que se está frente á una decoración del teatro. Pero internaos en ligero bote por la móvil llanura; que se pierda de vista el pobre muelle con sus linternas verdes ó encarnadas; que escuchéis el arrullo de las olas en la solemne inmensidad, y entonces sentiréis, asombrados y suspensos, un repentino crecimiento de alma.

Sin cepillar mis ropas de camino, en horas avanzadas de la noche, salté á la barca de un humilde marinero. Iba á salir la luna, pero reinaba aún la obscuridad. En lontananza se veían fijas y tristes, las lucesillas de unos cuantos buques. ¡Qué negro y que tranquilo estaba el mar! Era algo como el cuerpo de la sombra, tendido boca abajo sobre el suelo. «¡Aguarda! —me decían los compañeros, — descansenos, y luego que amanezca iremos á espaciarnos en el mar.» Pero la onda tranquila me llamaba, como llama la novia al tardo amante que vacila en subir por la escala de seda. Ansia infinita de hender el agua y poseerla con los ojos, espoleaba mi espíritu. Sin detenerme, bajé la escalinata y entré al bote. Poco á poco la tierra, con sus casas y sus

ventanas débilmente iluminadas, se fué esfumando en lontananza. Pasamos junto á los grandes barcos, cuyos cuerpos enormes adquieren á tal hora un aspecto fantástico y extraño. Diríase que un ejército de endriagos y de monstruos fabulosos espía el momento favorable para lanzarse sobre la ciudad. Breve rato después, sólo veíamos á lo lejos el faro giratorio de Ulúa, con sus luces de múltiples cambiantes.

Los remeros bogaban poco á poco, por temor á las boyas y los bajos. La mar estaba quieta. ¡Con qué ahinco me hubiera hundido en sus serenas ondas para sentir más cerca sus abrazos! El hombre, descontento de su suerte, quisiera ser águila en la cumbre de los montes y ágil pez en los mares. Los dos abismos le atraen con invencible fuerza: son como dos amigos que le llaman. Arriba están la luz y el armonioso coro de los astros: abajo, la fantasía finge y desea mucha frescura, mucho silencio y mucha sombra.

¡Sueño vano! La mar es un incesante laboratorio en que la vida se prepara y se renueva. El gran trabajo no se pára nunca, y el combate terrible por la vida se empuña hasta en los abismos del océano. Monstruos deformes habitan los palacios submarinos, que las amables fábulas de Grecia poblaban de sirenas y de dioses. El voraz tiburón sale á flor de agua, husmeando la carne fresca del atrevido nadador. Y pocas playas son tan funestas y peligrosas como las playas de Veracruz. El tiburón acecha, siempre alerta, y devora al incauto que menosprecia su poder. Es el hurraño rondador, nunca saciado; el tigre de las aguas frías y verdes.

*
*
*

Interin deslizábase la barca, la luna, como un disco de plata bruñido, se fué alzando de las aguas.

La luna como hostia santa,
Lentamente se levanta
De entre las ondas del mar.

Nada más grandioso que este espectáculo. Yo creo que contemplándolo en las risueñas playas del Mediterráneo, fingió la fantasía helénica la fábula de Venus Afrodita surgiendo majestuosamente de la espuma. La concha negra de la noche se entreabre, y aparece la reina del espacio castamente desnuda, como Diana. El ritmo de las olas es más suave; una inmensa quietud penetra hasta los húmedos abismos; corren los monstruos á ocultarse de la luz, y la brisa que sopla es como el aliento de una mujer invisible pasando sobre el cuerpo del amante dormido. Las olas dejan de ser negras; se quitan su vestido de luto, y ciñen la coraza de plata que ceñían las amazonas. Y parece que corren ó galopan para acercarse á la luna y asir la fimbria de su túnica brillante. Pero la luna, esquiva, va ascendiendo. Parece que el cielo es un océano que confina con el otro: surge de éste la luna, y luego boga por la tersa superficie del más alto. Ya no es plateada, sino de oro. Las aguas se contentan con retratarla, y ella, pródiga de luz, enriquece las olas con sus rayos. El mar parece un gigantesco estanque en el que bullen todos los metales en fusión. Se cree que el agua está á la temperatura de la plata fundida, y la mano no se atreve á tocarla. Pero no; el mar es en aquellos instantes un hervidero congelado.

¡Qué rumor tan solemne el de las ondas! Aun cuando esté dormido y sosegado, el mar revela su fuerza: es Hércules hilando con el huzo á las plantas de Onfalia. Los navíos se dibujan en el lienzo opalino del fondo, sobre el tinte metálico del mar; la luz aisla los cordajes y los mástiles, como una áurea tijera recortando papel negro; y á lo lejos la superficie, azul

sin límite visible, cierra el cuadro con una línea incomparable.

Bajo la luz serena de la luna
Como el oro en fusión, el mar riela,
Resplandor que la luz del claro día
Con la molicie de la noche mezcla,
La vasta playa misterioso alumbra
Y en el azul del cielo sin estrellas
Vagan las blancas nubes como estatuas
De diosas colosales y siniestras,
Talladas por la mano del acaso
En las entrañas de brillante piedra.

*
* *

Yo he visto el mar cuando la luna brota y cuando el sol, como un guerrero fatigado, va en busca de frescura y de silencio. Pero la puesta del sol no debe contemplarse en Veracruz. Allí, hasta el sol es calavera y va á pasar la noche en la ciudad. Describiendo una curva soberana, cae tras los edificios apiñados, como un globo enorme de goma roja, cuyo gas se va escapando lentamente.

A esa hora el agua adquiere tintes muy apacibles y risueños. Se diría que debajo de las ondas hay una inmensa gestación de rosas. Pero á esa hora también tiene el océano un rival poderoso, que es el cielo. Los que habéis visto nada más el firmamento urbano de las calles, no podéis figuraros cómo impone y asombra en plena mar. Las casas y los árboles le estorban: como las mujeres hermosas, necesita un espejo en que mirarse cuando se adorna con luceros y con nubes. Está en su tocador. Aquellos nimbus son los encajes blancos que han de bajar hasta la enorme cauda desde el anillo escultural de la cintura. Esas nubes forman la enagua de seda color de rosa: ese pedazo azul es su corpiño de terciopelo. Una mano invisible entreabre los cofres de ébano incrustados de marfil, y aparecen, sobre cojines de raso pálido,

los collares de estrellas que van á titilar en torno de su cuello. Ya el sol se oculta, envuelto en su lujosa clámide escarlata. Es el sultán que se despide del harém. Libre y soberbia la noche, se prepara á los festines.

El mar es el espejo que le sirve para ataviarse: espejo negro, porque también retrata sus pupilas.

En la mañana y en las primeras horas de la tarde, ni el mar ni el cielo tienen ese carácter majestuoso. En cambio, su extensión parece más ilimitada todavía. Sobre el azul del cielo se perfilan los navíos, como dibujados con tinta de China. Las oleadas, al romperse en los bajos, forman un blanco giste, y vistas á distancia, borreguean, brincando como un rebaño juguetón.

Tranquila está la mar: un pececillo
Agítase en las ondas:
Calienta el sol su cabecita de oro
Y alegre el agua bate con su cola.
Entretanto, anhelante la gaviota
Rápida sobre el pez cae desde el viento.
Y en el pico la presa palpitante,
Alegre se remonta hasta los cielos.

Nada más donairoso ni gallardo que la velas latinas. Observad con qué altivez cruzan continuamente la bahía. Son aves que no tienen más que una ala, y carecen de cuerpo. Las grandes embarcaciones modernas tienen la hermosura de las reinas; las velas latinas poseen la gracia de los efebos.

*
* *

¡Cuán absorto y ensimismado pasaría las horas en la muda contemplación del océano! El mar enseña y alecciona, dilata los horizontes del espíritu y da alas poderosas á la inspiración. Los poetas menores cantan la tierra con sus bosques y montañas; los grandes poetas son los enamo-

rados de la mar. Sin ella, Víctor Hugo habría sido incompleto. Viendo cómo azotaba los peñascos, escribió los «Castigos.» Cada estrofa de ese pequeño libro, es una ola. El conjunto es como una tempestad.

En sus primeras obras, Víctor Hugo travesea como un duende juguetón, ora en los camarines orientales, ora en los jardines de Versalles ó en las cornisas de las catedrales góticas. Vuela como las golondrinas y canta como los ruiseñores. Es el paje tocando la guzla morisca, en las rodillas de una reina enamorada. Pero que el viento de la adversidad le arroje á las abruptas rocas de la playa; entonces volará como las águilas y cantará como los huracanes. Sólo sobre un peñasco formidable, batido constantemente por las olas, pudo escribirse la «Leyenda de los Siglos.» Leed los «Trabajadores de la Mar,» es á manera de esas cuevas muy profundas en donde interna el océano tumultuoso sus recias oleadas de agua verde. Desde entonces el genio del poeta tendrá sus tempestades y sus calmas, sus «Castigos» y sus «Contemplaciones.» Pero de la obra toda oiréis brotar el murmullo grandioso de los mares. Ya no es el lago quieto en que nadan los cisnes de alas blancas. Las guirnaldas de flores que entreteje están hechas con flores submarinas. Los bancos en que descansa son bancos de perlas; y los bosques por donde pasea son bosques de coral. Su poesía traga y devora como los abismos. Las flechas de su aljaba juvenil se truecan en tridentes y en arpones. ¡Imposible engañarse un solo instante! Ese poeta vuelve de la mar, como Dante volvía de los infiernos.

¡Ah! No es posible concebir cuadro más vasto, ni espectáculo alguno más grandioso. Mil veces, con sed inapagable de infinito, trepé á la cumbre arisca de los montes;

Mas nada, ¡oh sacro mar! ¡nada ansié tanto
Como espaciarme en tu anchuroso seno!

He sentido cómo encorvas tu gigantesco dorso bajo la quilla de mi bote, tal como potro dócil y sumiso que se inclina para que lo monte su señor. Te he visto palpar como el pecho de una virgen cuando aguarda en la alcoba al joven desposado. Y ansia infinita de mirarte embravecido acongoja mi alma. Quiero sentir cómo te revuelves en tu lecho, y verte en los instantes de tu cólera. Dido llorando en una peña es melancólica; Medea, iracunda, es tan hermosa como tú. Deja, pues, tu pesada somnolencia. Te azoto con mi remo, como clava el jinete sus espuelas en el vientre de su caballo corredor. Levántate furioso á contestarme, para que sienta en los desnudos brazos y en la cara, los verdes espumarajos de tu rabia. Embraza, al fin, tu escudo coruscante, y vibra con tus manos de Titán la clava de los Hércules marinos. Estamos solos. Una mujer que no te conocía viene á mi lado trémula de espanto. Te ve dormido y tiembla pusilánime. Va á reirse de ti cuando volvamos. Alzate, pues, y muestra tu fiereza: alza, para que pueda defenderla. ¡Alza, Goliath borracho: estamos solos!

Pero el mar es la mar en ese instante. Hay algo femenino en su dulzura. Sabe que bastaría una simple ola para arrojarnos al abismo negro, y desprecia riendo mis insultos. Amad —nos dice,— esta es la hora sagrada en que los ángeles se cubren «los ojos con las manos.» Barca ninguna cruza la bahía. Las estrellas se están burlando de vosotros. ¿No veis cómo la playa se ha perdido? Pues amad recostados en mi espalda, hasta que llegue el alba delatora. La noche se abre como un negro tunel, propicio al impaciente enamorado. Esa franja de plata que ciñe el Oriente, como si fuera una diadema, indica que la luna va á salir. Amad, yo soy el ogro que devora. Mis olas arrullarán vuestro sueño. Os llevo en brazos, como la

nodriza que calienta á dos niños en su seno.

Y la luna brotó, ya no robusta y majestuosa como la vimos la primera noche, sino en forma de un arco pequeñito. --Boga— dijimos, y el ligero bote se deslizó sobre las ondas argentadas, ceñido por el encaje de la espuma. Súbita calma apaciguó mis sentimientos. Como Heine, quise arrojar al seno de las aguas los espectros que me persiguen y atormentan, aligerar mi espíritu del lastre de dolores con que va navegando por la tierra.

Queda bajo las aguas,
Queda por siempre allí sueño implacable
Que mi sueño trasnoche
Con tus fingidas dichas flagelaste.

Queda en el fondo obscuro de la mar, tú, sombra que vienes á sentarte pensativa, junto á la cabecera de mi lecho. Baja al abismo, amigo desleal que arteramente me enterraste la daga por la espalda. Hunde en esas ondas misteriosas, pobre niña que lloras por mi causa y aun esperas de codos en el puente al novio que jamás ha de volver, porque no es digno de que tú le ames. ¡Una bala de hierro! ¡Duras cuerdas para amarrar este cadáver insepulto y arrojarlo al océano! Es el de una mujer joven y hermosa. ¡Pronto! Que baje rauda al negro abismo. Todavía flota su cabello. ¡Pronto! ¡Pronto! Que baje, mar, á tus oscuras cuevas y que no salga nunca de tu seno.

*
* *

La luna, como una góndola de oro, seguía surcando el firmamento. Aligerado ya de mis remordimientos y dolores, me recosté en el fondo de la barca. Entonces creí ver, rumbo al Oriente, una luz como de alma celestial. Por ahí aparecía una

larga procesión de efebos tiernos, con palmas murmurantes en las manos y túnicas de lino immaculado. Iban andando poco á poco sobre el agua como sobre una lámina de acero. Bajaban del cielo por un pórtico de luz, y como el cielo se junta con el mar, no había necesidad de puente alguno para que descendieran al océano. Un hombre de barba nazarena presidía la nevada procesión. É iba tranquilamente sobre el agua, como Jesús en el lago de Tiberiades. Y todos los efebos eran rubios y traían

destrenzado su cabello, largo y sedoso, como el de las mujeres circasianas.

A su aspecto, los monstruos del mar y los endriagos del ensueño se disipan. Ya nada mueve el seno de las ondas, ni agita mi conciencia; todo calla. Mi compañera se ha dormido en mis rodillas. Boga, remero, boga todavía.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

(Duque Job).

(Continuará).





INTERIOR

(Inédito, para la "Revista Moderna.")

I

El sol baña el tapiz que sobre el muro
 extiende su tupida felpa roja,
 en la que brilla el hierro de una hoja
 y el pomo de una vieja espada.

El duro

gesto del mascarón, feroz y obscuro,
 en el solar reflejo se sonroja,
 y junto á él, en carmesí se moja
 un torso escultural de mármol puro.

En la caja del piano reverbera
 un ánfora con flores; braciabierto
 un sillón amorosamente espera.

Por el amplio balcón se asoma el huerto...
 Y es un atardecer de primavera
 íntimo, melancólico y desierto.

II

Una visión de amor pasa y enciende
mi espíritu. (Estoy solo en la penumbra
del triste cuarto que en silencio alumbra
la luz crepuscular). El sol descende.

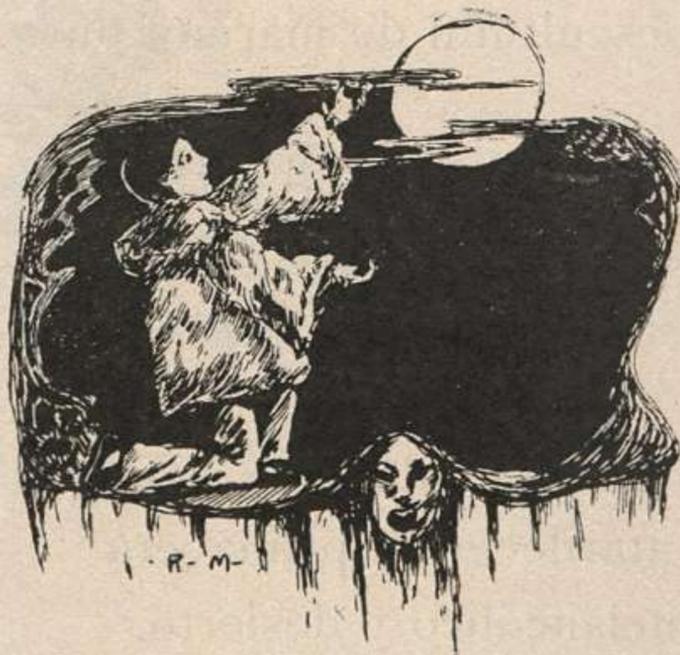
Una débil fragancia se desprende
del sombrío rincón en que relumbra
—áureo cristal— el búcaro. . . . Se encumbra
mi alma aliabierta, cual travieso duende.

Rompe el obscuro techo de la casa,
vuela á buscar mi juventud perdida
y en un deseo de placer se abraza.

Surge, ante mí, tu desnudez vencida
y una visión de amor se enciende y pasa
por la serena sombra de mi vida.

LUIS G. URBINA.

México, Mayo de 1907.





LUCIFER

A Luis Ganderax.

E si compiacque tanto Spinello di farlo orribile e contrafatto, che si dice (tanto può alcuna fiata l'immaginazione) che la detta figura da lui di pinta gli apparve in sogno, domandandolo dove egli l'avesse veduta si bruta.....

(Vite de' più eccellenti pittori, da M. Giorgio Vassari. — Vita di Spinello).

El Tafi, pintor y mosaista florentino, tenía gran miedo á los diablos, singularmente á esas horas de la noche en que es permitido á las potestades del mal imperar en las tinieblas. Y los temores del Tafi no eran infundados, pues los demonios tenían entonces motivos para odiar á los pintores, que les arrancaban más almas con un solo cuadro, que cualquier buen frailecito en treinta sermones. En efecto; para inspirar á los fieles un temor saludable, el fraile les describía lo mejor posible el día de la cólera, que ha de reducir á polvo los siglos, según los testimonios de David y de la Sibila. Y para imitar la trompeta del ángel, ahuecaba la voz y soplaba en sus manos, formando bocina para imitar la trompeta del ángel. Pero todo esto se lo llevaba el viento. Mientras

que una pintura colgada en el muro de cualquier capilla ó claustro, representando á Jesucristo sentado para juzgar á los vivos y á los muertos, hablaba sin cesar á la vista de los pecadores y corregía por los ojos á los que habían pecado por los ojos ó de otra manera. Era el tiempo en que algunos hábiles maestros representaban en la Santa-Croce de Florencia y en el Camposanto de Pisa, los misterios de la justicia divina. Estas obras estaban trazadas, según el relato en rima que Dante Alighieri, hombre sapientísimo en Teología y Derecho canónico, hizo de su viaje al Infierno, al Purgatorio y al Paraíso, donde por los méritos extraordinarios de su dama pudo penetrar en vida. Todo, pues, en estas pinturas, era instructivo y verdadero, y puede afirmarse que se obtiene menos provecho leyendo una extensa crónica, que contemplando tales cuadros. Y los maestros florentinos se complacían en pintar á la sombra de los bosques de naranjos, sobre la hierba esmaltada de flores, *damas y caballeros á quienes la muerte acechaba* con su guadaña, mientras que ellos platicaban de amor al són de laúdes y

violas. Nada era tan adecuado para convertir á estos pecadores carnales, que bebían el olvido de Dios en los labios de las mujeres. Para escarmiento de avaros, el pintor representaba al natural á los demonios, derramando oro derretido en la boca del obispo ó de la abadesa que le había encargado algún trabajo y pagádoselo mal. Por esto los demonios eran entonces enemigos de los pintores, y especialmente de los pintores florentinos, que superaban á los demás por la sutileza del espíritu. Recriminábanles, sobre todo, que los representasen en forma horrosa, con cabezas de pájaro ó pez, cuerpos de serpiente y alas de murciélago. Su rencor quedará manifiesto en la historia de Spinello.

Spinello Spinelli, de Arezzo, procedía de una noble familia de florentinos desterrados. La gentileza de su ingenio igualaba á la de su nacimiento, pues fué el más hábil pintor de su tiempo. En Florencia ejecutó grandes trabajos. Los pisanos, á la muerte de Giotto, le suplicaron que ornamentase los muros de aquel santo claustro en que los muertos reposaban bajo rosas florecidas en tierra transportada de Jerusalén. Pues bien; habiendo trabajado mucho tiempo por las ciudades y ganado bastante dinero, quiso tornar á ver la buena ciudad de Arezzo, su madre. Los aretinos no habían olvidado que Spinello, inscrito durante su juventud en la cofradía de Santa María de la Misericordia, había visitado á los enfermos y enterrado á los muertos mientras duró la peste de 1383. También le estaban agradecidos de haber difundido con sus obras la gloria de Arezzo en toda Toscana. Por esta razón le recibieron con grandes honores. Pletórico de fuerzas en su edad madura, se encargó de ejecutar grandes trabajos para la ciudad. Su mujer le decía:

—Eres rico. Descansa, y deja que los jóvenes trabajen en tu lugar. El reposar es prudente cuando declinan los años. Conviene rematar la vida en una calma dulce y piadosa. Es tentar á Dios erigir sin tregua obras profanas como nuevas Babeles. Spinello, si te obstinas en tus ingredientes y colores, perderás la paz del espíritu.

Así habló esta buena mujer. Pero no la escuchó. Él sólo pensaba en acrecentar sus bienes y su renombre. Lejos de tomar reposo, ajustó con los mayordomos de Sant' Agnolo una historia de San Miguel, que debía cubrir el coro de la iglesia y contener un sinnúmero de personajes. Con maravilloso ardor se lanzó en esta empresa. Releyendo los pasajes de la Escritura en que debía de inspirarse, estudiaba profundamente cada línea y cada palabra. No satisfecho con dibujar todo el día en su estudio, trabajaba también en el lecho y en la mesa. Y por la tarde, mientras paseaba al pie de la colina donde está erigida Arezzo, orgullosa de sus murallas y de sus torres, seguía meditando. Y puede afirmarse que la historia entera del Arcángel estaba pintada en su cerebro cuando empezó á esbozar los motivos principales, al lápiz rojo, sobre el revoco de la pared. Poco tiempo necesitó para trazar los contornos; luego se puso á pintar sobre el altar mayor la escena que había de ofrecer más esplendor que las otras. Pues era necesario glorificar en ella al jefe de las milicias celestiales por las victorias que obtuvo antes del comienzo de los tiempos. Spinello representó, pues, á San Miguel combatiendo en los aires á la serpiente de siete cabezas y diez cuernos, y tuvo el capricho de pintar en la parte inferior del cuadro al príncipe de los demonios, Lucifer, con la apariencia de un monstruo espantoso. Las figuras brotaban espontáneamente bajo su mano. Y llegó más allá de lo que esperaba: el rostro de Lucifer era tan horrible, que nadie podía sustraerse á la fuerza de su fealdad. Este rostro persiguió al pintor por la calle y le acompañó hasta su casa.

Llegada la noche, Spinello se acostó en su lecho, al lado de su esposa, y durmió. Durante el sueño vió á un ángel tan hermoso como San Miguel, pero negro. Este ángel le dijo:

—Spinello, soy Lucifer. ¿Dónde me has visto para pintarme como lo has hecho, con aspecto tan ignominioso?

El viejo pintor, le respondió temblando, que nunca le había visto con sus propios

ojos, no habiendo ido vivo al infierno como Dante Alighieri; pero que al representarle cual lo hizo, quería significar con rasgos sensibles la fealdad del pecado.

Lucifer se encogió de hombros, y hubiérase dicho que la colina entera de San Geminiano se conmovió súbitamente.

—Spinello —dijo,— ¿quieres hacerme el obsequio de discutir un poco conmigo? Yo soy bastante buen lógico, y Aquel á quien rezas lo sabe perfectamente.

No obteniendo contestación, Lucifer prosiguió en estos términos:

—Spinello, has leído los libros que me dan á conocer. Sabes mi aventura y cómo salí del cielo para convertirme en el príncipe del mundo. Ilustre empresa, que sería única si los gigantes no hubiesen atacado de igual suerte á Júpiter, como has tenido ocasión de ver, Spinello, en una tumba antigua, donde esa guerra está esculpida en mármol.

—Es cierto —dijo Spinello;— he visto esa tumba en forma de cubo en Santa Reparata de Florencia. Es un hermoso trabajo de los romanos.

—Y, sin embargo —replicó Lucifer sonriendo,— los gigantes no están representados en esa obra al modo de ranas ni camaleones.

—Tampoco —dijo el pintor— habían atacado al verdadero Dios, sino á un ídolo de los paganos. Esto es muy de tenerse en cuenta. El hecho cierto, Lucifer, es que habéis tremolado el estandarte de la rebeldía contra el Rey verdadero de cielo y tierra.

—No lo niego —respondió Lucifer.— ¿De cuántas clases de pecados me cargas por ese delito?

—Se os puede cargar muy bien con siete —respondió el pintor,— y todos capitales.

—¡Siete!— dijo el Angel de las Tinieblas.— El número es teológico. Todo va por siete en mi historia, que está estrechamente relacionada con la del Otro. Spinello, tú me tienes por orgulloso, colérico y envidioso. Yo consiento en serlo, á condición de que reconozcas que sólo la gloria

me causa envidia. ¿Me tienes por avaro? También lo tolero. La avaricia es una virtud en los príncipes. Cuanto á la gula y á la lujuria, si de ellas me tachas, no por eso me ofenderé. Queda la pereza.

Al pronunciar esta palabra, Lucifer cruzó los brazos sobre su coraza, y sacudiendo la cabeza sombría, agitó su cabellera inflamada.

—Spinello, ¿crees sinceramente que soy perezoso? ¿Me crees muelle, Spinello? ¿Juzgas que en mi rebelión me faltó valor? No. Era, pues, justo que me pintases con los rasgos de un audaz, con enérgico semblante. No se debe hacer agravio á nadie, ni siquiera al diablo. ¿No ves que ofendes al que rezas cuando le das por adversario á un sapo monstruoso? Spinello, eres demasiado ignorante para tus años. Tentaciones siento de darte un buen tirón de orejas como á cualquier mal escolar.

Al oír esta amenaza, y viendo ya el brazo de Lucifer extendido hacia él, Spinello se llevó la mano á la cabeza y empezó á dar alaridos de espanto.

Su buena mujer despertó sobresaltada, y le preguntó qué le sucedía. Castañeteando los dientes, le respondió que acababa de ver á Lucifer, y que había temblado por sus orejas.

—Ya te había dicho yo —le respondió la buena persona— que todas esas figuras que te obstinabas en pintar sobre los muros acabarían por volverte loco.

—No estoy loco —dijo el pintor.— Le he visto, y por cierto que es hermoso, aunque triste y hosco. Mañana borraré la figura horrible que he pintado, y pondré en su lugar la que he visto soñando. Pues conviene no hacer agravio ni siquiera al diablo.

—Procura dormir —replicó la mujer.— Hablas de un modo insensato y poco cristiano.

Spinello intentó levantarse; pero faltándole las fuerzas, recayó sobre la almohada sin conocimiento. Durante algunos días languideció, víctima de la fiebre, y luego murió.

ANATOLE FRANCE.



POEMAS QUE ESPAÑA MANDA Á MÉXICO

I

DULCINEA DEL TOBOSO

A Jesús E. Valenzuela, en homenaje de admiración.

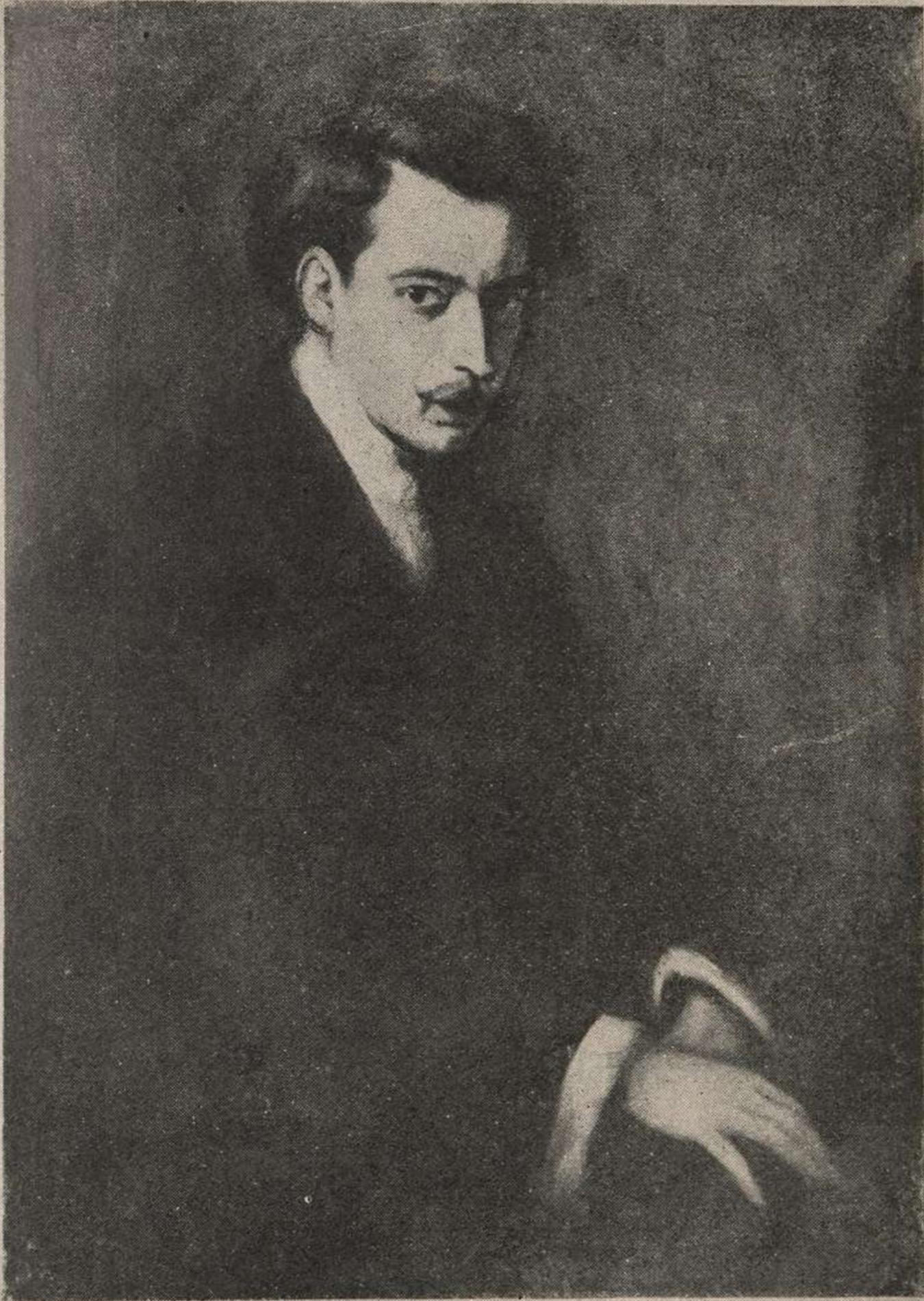
Cuando el gran Caballero de la Triste Figura
encontróse delante de Aldonza, tosca y fea,
clamó con voz de trueno á la moza de aldea:
—¿Quién me desencantó la gentil hermosura?

Voz noble, cual jamás humana criatura
dió á los aires —¡Oh chusma vil é infecta ralea!
¡Oh desencantadores! ¡Oh realidad impura!
Por más que os esforzáseis más fuerza hay en mi idea

Y así después de hallarse con Aldonza Lorenzo,
víctima de fantasmas, de duendes y vestiglos,
aun el egregio Hidalgo, con anhelo profundo,

pensaba: —Yo al espacio y á la realidad venzo
¡Dulcinea es la más bella mujer del mundo!
¡Voz divina, perenne á través de los siglos!

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO,



A Jesús C. Valenzuela,
maestro de alma y de arte,
uno de los más suyos.

Alfonso Cravioto

1907.



Auto-retrato de E. Carrière.

EUGENIO CARRIÈRE

CONFERENCIA DE ALFONSO CRAVIOTO

A JOSÉ JUAN TABLADA, á RICARDO GÓMEZ ROBELO
y á JESÚS ACERVEDO, cuyos ejemplos han hecho reali-
zable este ensayo.—A. C.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Es la obra de Eugenio Carrière, que intentaré esbozar á vuestros ojos, una de las más estupendas creaciones en el arte universal contemporáneo, por lo que ella realiza de belleza y de originalidad, de humanidad y de bien, de armonía y de amor. Simple, con la simplicidad de lo eterno; serena, con la serenidad de lo augusto, se desarrolla, inflexible en su sueño alucinante y

fuerte en su lógica ascensional, sin concesiones á la voga que sugestiona ó al éxito que fascina, y sin temores á las blasfemias de las ignorancias miopes, á los espantos de las mediocridades timidas y á la rabia de las envidias injuriantes. Y allá va por su camino, que es una nueva vía de emoción y de esperanza, siempre hacia el ideal obsesionante, «recta como un rayo de luz y como él vibrante y ardorosa,» sin vacilar, sin de-

caer; volviendo plásticos instintos é ideas, ternuras y dolores, anhelos y desesperaciones; sirviéndose del cuerpo material para evocar el sér interior; arrancando al niño el misterio pasmoso de su iniciación psíquica y los prestigios amables de su sonrisa luminosa; arrebatando al hombre la tragedia silenciosa de sus pensamientos; cantando á la mujer que dignifica su vientre con la cristalización de un germen y la encarnación de un amor, y haciendo resonar más hondamente los besos maternos, ¡los besos de la madre! ensueños que cantan, purezas que gorjean, ecos del «fiat» divino y creador, las notas más dulces en la armonía infinita de la vida!

*
* * *

Cuenta Jhon Ruskin, que Turner, el admirado y admirable paisajista inglés, durante su juventud estaba algunas veces de buen humor y enseñaba á las gentes lo que hacía. Cierta ocasión, dibujó el puerto de Plymouth y algunos navíos de guerra vistos á contraluz, á una ó dos millas de distancia. Cuando hubo concluido, mostró su dibujo á un oficial de marina y éste notó con sorpresa y objetó con indignación muy comprensible, que los barcos de línea no tenían cañones. —No, dijo Turner, ciertamente no. Pero si usted asciende al monte Edgecumbo y mira los barcos á contra luz, sobre el sol poniente, verá que los cañones no pueden ser percibidos. —Bien, replicó el oficial siempre indignado, mas *usted sabe*, sin embargo, que allí hay cañones. —¡Oh, ya lo creo que lo sé! dijo el artista; pero mi deber es dibujar *lo que veo y no lo que sé*.

Esta anécdota, señores, que da relieve gráfico á toda una teoría de sinceridad artística, se recuerda cuando por primera vez se encuentra uno frente á la obra de Carrière; pues parece, por de pronto, que el artista francés profesaba lo contrario del británico, y que dibujaba y pintaba, más lo que sabía é imaginaba, que la impresión que sus ojos recibieran.

Un cuadro de Carrière, en el primer momento, desconcierta y sobrecoge. No tiene la brillantez de colorido de que hacen alarde la mayoría de los pintores modernos. El color, si lo hay, es vago y tenue. El claroscuro impera en toda la obra. La luz es una luz tamizada, difusa, desfalleciente, misteriosa. Las figuras aparecen sin contornos destacados, como en ciertas obras de Rembrandt ó de Ricard. Se mueven en una atmósfera cenicienta y visible; en una atmósfera que parece de incienso, ya gris, ya café ó ya azulado; que imprecisa perfiles y perspectivas, y que lo vela todo como con una gasa sutil que en algunas partes fuera densa y pesada.

Carrière no ostenta la imaginación estruendosa de los pintores de historia, ni los retoriqueos sutiles de los prerrafaelistas ingleses; no es fantástico como Böcklin, ni alegórico como Franz Stuck; no cuenta fábulas pomposas como Gustavo Moreau, ni pinta orientalismos fastuosos como Benjamín Constant. ¡Ni siquiera relata anécdotas confortantes ó chascarrillos morales! El asunto es casi siempre sencillo: Mme. Carrière y su familia; madres que se inclinan sobre sus hijos; niños que chupan el pezón de la madre ó que se enlazan á ella con bracetos hoyuelados; retratos del artista y de varios intelectuales culminantes; composiciones decorativas, un Teatro Popular y un Cristo en la cruz. Figuras pálidas que se mueven en interiores llenos de humo; eso es todo. ¡Ah! pero es bastante!

Si se observa con más detenimiento este arte sublime y exquisito, hecho á la vez de espontaneidad y de estudio, de sutileza y de profundidad, de observación y de ternura, de realismo y de ideal; si se mira, como lo quería Rembrandt, al decir que «los colores al óleo dañan la nariz,» expresando así su disgusto porque su obra fuese vista de muy cerca, entonces el prodigio surge, triunfa el artista y vienen á la memoria los versos de Morice: «Una realidad de ensueño se desprende, lenta, de las lejanías brumosas; deja flotar desde luego sus apariencias corpóreas, y después, luminosa, se afir-

ma para siempre. Es el sentido vital de una edad y de una cara; es un espectro dócil á llamamientos secretos; es el alma robada á los accidentes formales; es el sér bajo la ficción del personaje. Y es tan viva la aparición, que se teme verla evadirse del día breve á lo infinito de la noche»

*
* *

¿Qué hay, pues, en esta obra, que de tal manera cautiva y subyuga, conmueve y arrebatata? Hay en ella simplemente el alma de Carrière, el espíritu de Carrière, el genio todo de Carrière. Él es un gran contemplativo. ¡Cómo frente á su obra se recuerda aquel magno precepto de Flaubert: «Ahuécate los ojos á fuerza de mirar!» ¡Y cómo también se piensa en la actitud intelectual que se desprende de la filosofía de Bergson! «Más discreto que el romántico y más tierno que el parnasiano, ve pasar sin apóstrofe y sin gesto, las imágenes de la vida como las de un sueño; pero se puede decir que para hacer este sueño más intenso y su significación más plena y más cercana, guarda el sentimiento místico de la identidad profunda del sueño y del soñador » (Jean Blum). Él, como Wagner, no ve en su arte el fin único y exclusivo de su anhelo, sino el medio dócil de exteriorizar su emoción y su pensamiento. Es un devoto de la Naturaleza y de ella lo atraen el hombre, la familia, las masas, la humanidad, y por sobre todo, el espíritu que anima cada cuerpo, el arcano que chispea en cada mirada, el misterio que envuelve cada frente. Posee el sentimiento de la vida universal y trata siempre de relacionar la unidad del individuo con la unidad soberana del gran todo. Para él, el materialismo y el idealismo se unifican en un solo sistema. Ruskin ha dicho que el cuerpo es el alma hecha visible; Carrière lo ha interpretado á maravilla.

Recibe, como todos los pintores, la impresión directa de las cosas y de la vida; pero su sensorio se conmueve distintamente. Es un realista que no calca, que no repro-

duce, que no copia. Estudia, interpreta y crea. El modelo le es sólo un pretexto para sentir, para emocionarse, para alcanzar la fuerza nerviosa indispensable á la producción. El modelo le es sólo como una mano que hiere el clavicordio de sus intuiciones. Y nadie como él, en este trabajo formidable de meditativo y de generalizador, ha llegado á revelar de manera tan sugestiva, más analogías entre la naturaleza universal y la naturaleza humana. Y nadie como él ha realizado una tan prodigiosa síntesis plástica de la tierra y de los hombres.

Realista he dicho, y lo afirmo una vez más. Yo no estrecho el realismo dentro de los límites académicos de la reproducción fría, meticulosa y exacta. No juzgo digno de artista un ideal fotográfico. ¿De dónde viene, se preguntaba Ary Scheffer, que aun creando personajes y situaciones imposibles, Shakespeare quede verdadero, interesante, conmovedor, riente ó espantoso; pero siempre aceptable para el espíritu de sus lectores? Y luego respondía: Es que en lugar de tomar la abstracción como punto de partida y de inventar en seguida una forma para revestir con ella una idea, Shakespeare comenzaba por observar lo real, lo estudiaba á fondo, se hacía dueño de él; y era después esta realidad agrandada, esclarecida y transformada lo que él idealizaba en su imaginación.

Tal fué la marcha que Carrière ha seguido siempre. Tal es el procedimiento que tan grandes conquistas le valiera.

Por sobre la gloria material de sus niños palpitantes, de sus madres tiernas, de sus sabios adustos y de sus poetas melancólicos, tiende el alma sus alas impalpables, Psiquis levanta un vuelo triunfador . . .

*
* *

Hombre dotado de una intuición superior y de una comprensión sintética extraordinaria, tiene por divisa la del creador de «Los Síndicos,» y juzga que una obra está suficientemente acabada cuando su autor ha expresado todo lo que quería decir. De aquí esa



Maternidad.—Carrière.

técnica tan especial que si tiene, como ciertos críticos indican, huellas de Velázquez y de La Tour, mucho lo acerca de Rodin, su único paralelo contemporáneo, por la intensidad, por la fuerza y por el genio. «Rodin, dice Camille Mauclair, debe á Carrière esos modelados vaporosos que nimban sus mármoles con una luz radiante tan misteriosa y tan poco material. Carrière debe á Rodin esta manera escultural que consiste en no ocuparse más que de los grandes planos y abandonar todo detalle en la sombra.»

Desarrollado en plena evolución impresionista, que él acoge con simpatía, no sufre la menor influencia de esta escuela que tan gran revolución provocara en la pintura, y que no es solamente, como lo quieren algunos, tomando uno de sus excesos por base capital, la representación de las cosas tal como aparecen al primer vistazo, sino que trajo como conquista preciosa, el triunfo de la luz en los campos abiertos á la frescura del aire y á la sonrisa del sol, Lejos

estaba de Carrière el ideal material y cromático de los Monet y de los Sisley, de los Pissarro y de los Renoir. Él estaba solo en su aspiración, y solo en su tendencia. Era un aislado. Anhelando un fin nuevo, debía encontrar medios originales. Genio, pudo y supo encontrarlos.

Su dibujo, «la mímica sagrada del misterio,» como lo llama Jean Dolent, fué de lo que más discutieron críticos y malévolos. Carrière mismo, en humorada célebre, exclamó gozoso y satisfecho: «Ya no sé dibujar.» Muchos le negaron su manera especial de dibujo, argumentando que «llena sus cuadros de convencionalismos, que ahoga sus figuras en una niebla flotante donde las líneas oscilan y se esfuman; donde las formas se disipan y se desvanecen.» Ciertamente que nuestro artista no viene de la Escuela de Umbria; ciertamente que no hay en él las filigranas de los Florentinos ó de los Lombardos, ni la finura de arabescos en que Ingres complacía la agilidad de su pincel.

Pero, como observa justamente Gabriel de Seailles, «en Arte, el mérito del dibujo no está en la caligrafía delicada, ni en la exactitud matemática que daría mejor un instrumento indiferente y pasivo; el mérito del dibujo está en la justeza con que el artista sabe dar expresión, está en la ondulación de la línea que traduce el estremecimiento del espíritu.» Y en esto la maestría de Carrière es inaudita.

Su preocupación primordial y casi exclusiva, es la realidad enérgica del relieve, de lo que avanza, de lo que sobresale, de lo que es volumen y masa, y se destaca con planos impetuosos y robustos. Mas esta indiferencia por contornos y detalles no es una afectación, ni es una extravagancia; es resultado de una lógica concienzuda y de un ideal preciso. Siendo, ante todo, un pintor de expresión y de carácter, y un sugeridor de almas, simplifica figuras y ambiente, hasta dejar lo esencial para la realización de su ensueño. «Insistid sobre los rasgos dominantes del modelo, decía el mismo Ingres, expresadlos fuertemente, llevadlos, si es necesario, hasta la caricatura, y digo caricatura, para que resalte mejor la importancia de este principio capital.» Carrière sólo se ocupa de lo indispensable. No quiere nada que turbe, nada que distraiga del fervor espiritual de sus madres que besan, de sus filósofos que meditan ó de sus artistas que sueñan. Si el sér está ahí, radioso de verdad y magnífico de inteligencia, ¿qué mucho entonces que no sepamos cómo es la tela de su traje ni cuántos poros se abren en su cuello?

Estas síntesis grandiosas, que muestran toda la individualidad poderosa del artista, no quitan á la obra solidez, ni la despojan de corrección perfecta; pues Carrière tiene, además, ese singular sentido de la construcción que da tanta fuerza á las creaciones plásticas. A uno de sus íntimos ha dicho: «Yo he notado en Velázquez y quizás más aún en Leonardo, que los rasgos de la cara, los ojos, la nariz, la boca, están preparados por lo que los rodea: por la arcada superciliar, los pómulos y las mandíbulas; si no

estuviesen ahí, se les adivinaría. Estos rasgos son como una cima: se llega á ellos por lo que á ellos conduce; aislados pierden su sentido. Los precipitados que se echan desde luego sobre los ojos, la nariz ó la boca, son imbéciles que quieren abrir ventanas sin haber elevado el muro.» Fiel á esta convicción, levanta primero la arquitectura de los huesos y construye, después, carnaciones verdaderas y musculaturas exactas. De aquí esos modelados macizos y esas profundidades de planos que hicieron exclamar á Rodin: ¡Vamos, Carrière también es escultor!

Su colorido fué igualmente discutidísimo por los tradicionalistas emasculados que condenan toda audacia por no poder intentarla sin ridículo. La paleta de Carrière no recuerda los esplendores de la magia de Venecia, ni la «alegría de pintar» que se desprende de la obra toda de Jordaens. La plata del Veronés, el oro del Tintoretto, la pedrería del Tiziano, no extendieron el prodigio de sus vetas ni la gloria de sus fulgores hasta el taller de la calle Vaugirard ó hasta la casa de Clichy. Carrière es el emperador del gris; el dueño de las sombras; el taumaturgo de la bruma. Pero sus ojos no padecen daltonismo, no son hijos de la noche, no ven el color así, por deficiencia patológica, sino por adaptación voluntaria, por ultra-percepción superhumana. El propio Max Nordau, doctor en paradojas y en panfletos, pero conocedor de psicologías, afirma que: «Carrière posee una visión particular que muchas veces se ha calificado de extravagante y que es absolutamente sincera. Y añade: la fábula alemana cuenta que «los hijos del Domingo» perciben espíritus que permanecen ocultos á los sentidos más burdos de los hombres nacidos en los días ordinarios de la semana. Carrière es como un «hijo del Domingo,» ve el aire atmosférico que parece á los demás un gas transparente; lo ve y lo pinta, y es así por lo que sus cuadros parecen llenos y como perfumados de un vapor de incienso, de ligeras nubes blancas ó azules. Y termina el formidable señor repitiendo un verso de Dante:

E se non piangi, di che pianger suoli.

El que no se conmueva con esto, ¿de qué expresión de arte se conmoverá?»

*
* *

En cierto orden de ideas, en el sentido armónico y en el sentido misterioso, es Carrière, para mí, un Paul Verlaine plástico. ¿Acaso no fuiste tú, Pauvre Lelian sufriente, que pasaste por la tierra como un gran dolor sonoro, vagabundo como los pájaros y como ellos armonioso, quien proclamó en el momento definitivo de las vicisitudes, la música ante todas las cosas y la excelencia de la canción gris, que funde las negruras precisas de la realidad de la existencia con la vaga blancura de las ensoñaciones penumbrosas? ¿Acaso no fuiste tú, lírico príncipe de angustias, señor de imprecisiones y de melodías, quien ungió la frente sagrada del misterio con los óleos purísimos del arte? Hay también en Carrière, tu hermano de corazón y de gloria, esa musicalidad sin notas que es equilibrio y es número, y es ritmo y es armonía. Hay en él también esa imprecisión del inacabamiento, *más vago y más soluble en el aire*, que indica y que sugiere, que arrastra *hacia otros cielos y otros amores*; «que entrega el alma á sí misma; sus potencias ocultas á la indeterminación primitiva; y que á fuerza de magia, disuelve la egoísta personalidad del extraño en el océano inmenso de los sueños!»

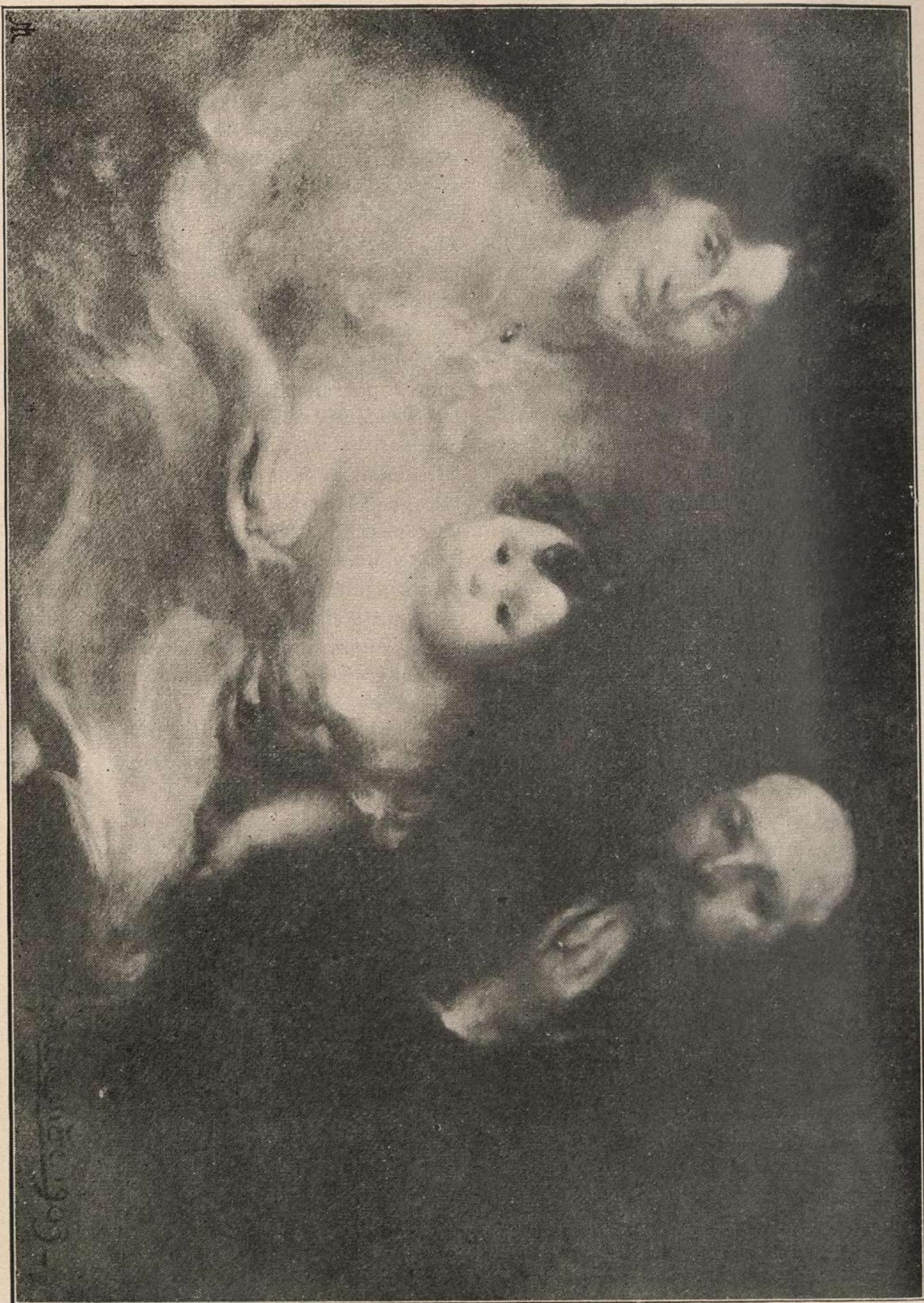
¡Oh! yo también reclamo cierta vaguedad para el gran Arte, en nombre de la suprema belleza del misterio. ¡Ay del artista que frío y calculador en el minuto apasionante de los desposorios con la musa, no siente en el alma la proyección de las inmensidades, ni el ardor germinal de los besos sin labios que brotan del fondo de lo desconocido! De él no será el ensueño que es enemigo de toda precisión. De él no será la pasión que es la madre de toda gran poesía.

Desesperad vuestro cuerpo con los hielos herméticos del Polo; tostad vuestras frentes con el aire caldeado del Desierto; sentid la

fragancia de los rosales del Irán, y el perfume sensual de las mujeres de Lutecia. Explorad todas las latitudes; hurgad en todos los climas; id al acerbo de la belleza creada por el hombre; interrogad á Aquiles que brega, á Orestes que odia, á Prometeo que desafía; ved el Partenón que yergue sus columnas como bosque de símbolos perennes; mirad Nôtre Dame por cuyas torres una raza levanta sus dos brazos; arrebatad su secreto á los lienzos inmortales y á los mármoles divinos; y encontraréis, bajo todos los cielos y en todos los climas, que una obra de arte sólo es eterna cuando tiene por alma la poesía, y la poesía, la gran poesía, la verdadera y única poesía, no es, en último análisis, más que la transfusión lenta de la realidad en el ensueño; ventana abierta á la vaguedad azul de los arcanos; crepúsculo tendido sobre la vida hacia la aurora del infinito ambicionado; la inmensidad del espíritu penetrándose de la inmensidad augusta del Gran Todo; la voz misma del misterio hecha sonora, merced á la gracia incomparable de los ritmos y al poder taumaturgo del amor

*
* *

No hay en la vida esplendorosa de este portentoso genial, ningún acontecimiento donde crispe su mueca la máscara emocionante de la tragedia; ningún episodio donde florezcan las adelfas purpúreas de los dramas; ninguna aventura de juventud, llena de cascabeleantes risas, de inquietos deseos y de chispazos de locura. Sus cincuenta y siete años se desarrollan austeramente graves y serenamente bellos. Ignorado y pobre, no murguerizó en las tabernas, ni paseó en los cenáculos del Barrio Latino el alboroto emblemático de una melena de Bohemia. Glorioso, no supo nunca ni de vanidades ni de petulancias. Su vida gira siempre entre dos ejes: el amor y el trabajo. Es un gran activo y es un gran bueno. Melancólico como el otoño, era fecundo como la primavera.



La familia N. N.—Carrière.

Después de la iniciación de San Quintín, frente á los pasteles de La Tour; después de la permanencia en Strasburgo y de su paso por el taller de Cabanel, llega en 1879 su primer «Salón:» aquella «Joven madre amamantando á su hijo,» cuyo valer no perciben todos; pero que entusiasma á Roger Marx y le arranca esta profecía, que el tiempo ha confirmado plenamente: «Que aquellos que gustan de adivinar á los artistas del porvenir, retengan el nombre de Eugenio Carrière.» Y sin embargo, el público se muestra desdeñoso; la crítica permanece callada, si no blasfematoria. Mas él no vacila, no duda, no se desespera; siente la fuerza de su genio y confía; no quiere ir á los éxitos, trabaja; tiene la conciencia de su predestinación y es inflexible en ella; va á la inmortalidad, marcha á la gloria.

Su pobreza lo hace concentrar en su familia el tema de sus primeras obras. No tiene para pagar modelos, pero ahí está su esposa buena, amorosa, tierna; ahí sus hijos que empiezan á vivir, enigmáticos y robustos. Él, que les dió la vida breve del hombre, sueña con darles la vida perdurable del arte. Piensa en ellos constantemente; los mira con la doble emoción del padre y del artista; observa sus movimientos; medita sus gritos; estudia sus caprichos; y así se apodera lentamente de la sutileza de sus almas, se adueña de sus instintos, descubre todos los prodigios de su existencia interior, y es entonces cuando comienzan á aparecer los pasmos de esas maternidades y la maravilla de esos niños, que en el milagro de la admiración extática que producen, mezclan y acordan la cadencia de sus actitudes, la rítmica contracción de sus sonrisas, la armoniosa potencia de sus miradas y la música suave de sus besos, en un solo himno sinfónico y plástico, al amor, á la fecundidad y á la vida!

Luego los triunfos se suceden y la gloria se acrece. En 83 la ciudad de Avignon le compra un cuadro. En 84 gana una mención honorífica con el «Retrato de niño con un perro.» En 85 conquista una medalla en

el Salón y obtiene una compra del Estado. Ya está el artista en plena posesión de sí mismo. Ya su nombre se repite un poco entre el gran público. Ya la prensa lo nimba con clamores encomiásticos. Traficantes y mercaderes lo solicitan. Amigos cada vez más numerosos, con él se agrupan admirantes. Es la fama que apunta, es la gloria que al fin llega.

Y él, desinteresado y consciente, no se deslumbra, no ciega, no transige. Aun no está contento de sí mismo, la meta se halla distante todavía. La obra ha principiado apenas: él hará con el hombre, con la multitud, con la humanidad, lo que ya ha hecho con el niño y con las maternidades. Y sigue la serie de obras maestras imperecederas é inimitables; los retratos portentosamente psicológicos de Geffroy, de Goncourt, de Marx, de Devillez, de Daudet, de Verlaine, de Anatole France, de Rodin, y tantos otros, que en la precipitación de este estudio no puedo siquiera enumerar, la intensa *Maternidad* del Luxemburgo, el Cristo soberbiamente extra-humano y doloroso; la inenarrable decoración del Hotel de Ville, y el Teatro Popular, el Teatro de Belleville, quizás la obra más grandiosa en la grandiosidad de esta obra, cuadro en que Carrière aprisionó el alma de las muchedumbres en uno de sus momentos culminantes. Ahí está en el Teatro, el Pueblo, el perenne desposado de la miseria, el eterno salpicado de lágrimas y de sudores, de barro y de alcohol; el que es todo impulso y todo pasión; pero también todo generosidad y todo fuerza. Ahí está el Pueblo en un minuto de emoción, mostrando su alma, toda su alma, desnuda como los astros y como ellos irradiaante. Ved la atención con que todos se inclinan hacia el escenario, del que sólo se contemplan los fulgores. Observad la avidez de las miradas y la tensión de los cuerpos. Todos están embriagándose de ficción y de olvido. Todos están viviendo intensamente la fábula que desarrollan los actores. Y hay algo piadoso que flota en esta atmósfera pesada: algo que vuela por

sobre la animalidad instintiva y despierta, de este grupo de absortos. Se siente que la ilusión abre sus alas de consuelo, por encima de estas frentes contraídas. Se comprende que la esperanza se difunde en estos pechos inclinados. El drama es social y en él triunfan los humildes; ¡bien! El drama es formidable y tiene amigos traidores, mujeres adúlteras y balas que dan muerte; ¡ah! pero con ser tan triste, menos triste es para ellos que la vida....

De no haberlo consignado en otra parte, cómo se adivinaría aquí, en este cuadro elocuentísimo, en la suprema simpatía con que fué concebido, y en la magna complacencia con que fué ejecutado, el ideal igualitario que Carrière persiguió siempre, con su palabra y con su ejemplo. ¡Oh! él tenía esa bondad que Víctor Hugo encontraba en el fondo de las naturalezas augustas. El poeta que hay en todo gran artista, era en él un redentor, un neo-evangelizador de justicia social y de igualdad fraterna. En el banquete que en 1904 fué la apoteosis de su genio, pronunció estas palabras: Saludo con alegre confianza el tiempo nuevo y á todos los que en él se preparan á la bella aurora de la fraternidad humana, en la igualdad de los hombres. Pero él predicaba también: No os debilitéis por ayudar á alguien, sino haceos más fuertes para poder servir mejor á los demás. Su intensa capacidad para el amor, al expansionarse, había hermanificado en él individuos y razas, y como Cristo, en la frase de Renán, abstraído únicamente en su obra, sólo pensaba en la humanidad.....

Así pasó por la tierra este revolucionador genial, para quien el porvenir tendrá mirtos más frescos y laureles más definitivos, ya que en la intuición de un sentimiento nuevo, dió á la Belleza ovarios nuevos y divinos. Así pasó por la vida este gran bueno, que como Marco Aurelio, fué la virtud puesta en acción; y que con el cáncer apretado á la garganta, á la hora angustiosa de la agonía implacable, en los minutos tremendos que preceden á la muerte, dijo como su-

premo adiós, compendiando su existencia y su arte, su corazón y sus anhelos, sus esfuerzos y sus esperanzas: ¡Amaos todos con frenesí!

* * *

Así pasó por el mundo este soñador insigne que en la ilusión de su propia bondad, puso en su frac de aristócrata del arte, la eglantina simbólica, gloriosa de aspiraciones y radiante de esperanzas, concreción de aurora, síntesis del gorro frigio moderno, que agrupa á todos los que, ilusos ó videntes, utopistas ó precursores, pero soberanamente piadosos, marchan con una palabra de redención entre los labios y una convicción de justicia en la conciencia, en medio de la enorme legión de blusas rotas, desgarradas por el zarpazo de la vida, azotadas por el huracán de las ambiciones y latigadas por las brutalidades de la fuerza, que hoy se agitan y se agitan en el mundo entero, y que en la impulsión de los dolores crueles, levantan sus harapos como un revolar de alas hacia las cimas de un porvenir más reivindicativo y más humano!....

* * *

Ah, Señores, admirad en Carrière esta manera singular con que esplende la audacia de su genio y el impetu soberbio de sus inspiraciones. Pensad en el brioso simbolismo que se desprende de él y de su obra toda. Y gloriadlo en su carácter amable pero tenaz, despreciador de recetarios y de academias; pues la libertad, que es casi la vida de la vida, es la vida misma del arte. ¡Sin ella no fueras tú, celeste Ofelia, ni tú, Desdémona atristante! Sin ella no existirías, oh Gioconda gentil, que te adueñas de siglos y de razas, con la pulpa floreal de tus labios sonrientes; ni tú, blanca Afrodita, que aun sin brazos, rechazas la barrera de los paños constrictores y levantas la mutilación de tu divino cuerpo, como un sim-

bolo egregio de libertad y de belleza por sobre el éxtasis de las eternidades! Lejos del artista las preocupaciones que se enroscan al espíritu como las serpientes apolíneas al cuerpo de Laocoonte. Lejos el medio que hostiga, los formulismos que atrofian y las tradiciones que entorpecen. Lejos todos los vasallajes y todas las esclavitudes. Él es hijo de la armonía y del amor ¡que cree! Él viene del Olimpo ¡que cree! El tiene el fuego de Dios ¡que cree! Crear, esa es su misión divina y única, y sólo por la originalidad el artista crea. Dejadlo que escrute

el universo, que vaya á la naturaleza, que explore la vida, que sienta palpitar bajo su mano las entrañas sangrantes de la humanidad, y luego, recordad las palabras de Lahor: si encuentra belleza en lo que su costumbre llama fealdad, si descubre verdad en lo que su inteligencia rechaza como falso, si halla bien en lo que su moral condena como malo, debe decirlo, no debe callarlo, y su conciencia despliega su más meritorio valor en una lucha contra el sentimiento universal!



Cabeza de niño. - Carrière.



DOS SONETOS DE LEOPOLDO DÍAZ

PARA LA ESTATUA DE GUTIÉRREZ NÁJERA

Bronce orgulloso, mármol impoluto,
 Muerda el buril con ímpetu sonoro,
 Para el poeta de la lira de oro,
 De alas de cisne y corazón de luto.

Las Piérides depongan su tributo,
 Alcen las ninfas ondulante coro,
 Y ofrenden las Sirenas el tesoro
 De su flauta, en que ríe el mar hirsuto!

Ruiseñor mexicano: mi elegía,
 Hermana fiel de tu melancolía,
 Va en pos de Ti, nostálgico de cielo,

Y al darte la violeta de su canto,
 Ciñe tu sien de inmarchitable acanto,
 Deshoja en tu sepulcro un asfodelo!

Geneve, 1907.

SALUTACIÓN LÍRICA

A Ruelas, hermano de Alberto Durero,
Que exalta y anima las cosas macabras,
Y dice más hondo que vanas palabras
Con las finas sombras del buril de acero.

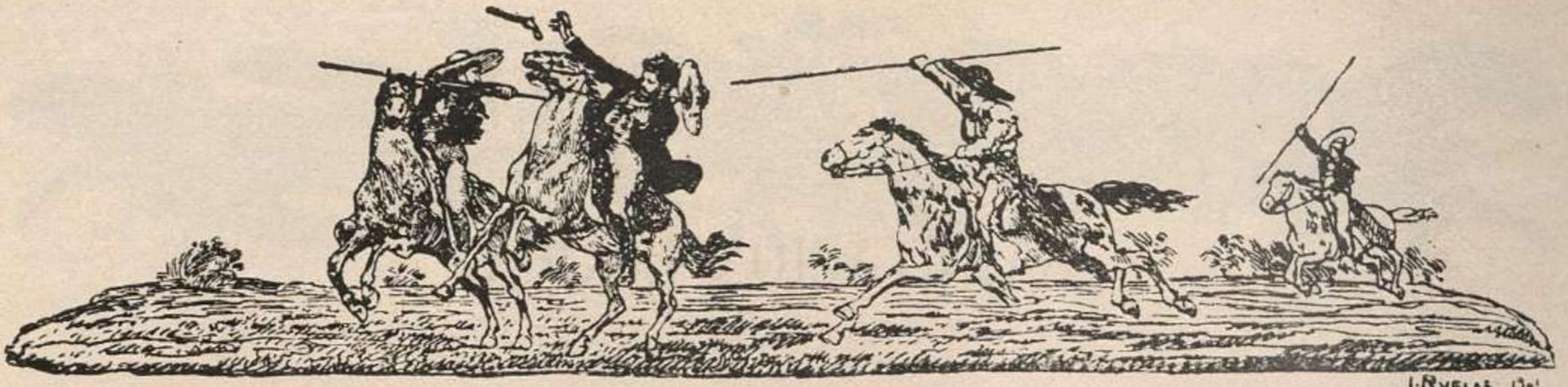
Tu «Melancolía» que grabes espero;
Termina las copas de bronce que labras,
Y cante tus himnos, en vez de palabras,
Con sutiles rasgos tu buril de acero.

Levanto el carquesio de vino de Samos
En tu honor, artista, pues ambos forjamos
Las mismas Quimeras: tú, adusto y severo

Cual una montaña de enigmas remotos;
Yo, cisne embrujado de lagos ignotos,
Oh Ruelas, hermano de Alberto Durero!

Geneve, 1907.





POEMAS EN PROSA

EL FENÓMENO FUTURO.

Un cielo pálido sobre el mundo que, decrepito, se extingue, á punto, acaso, está de partir con las nubes: los andrajos de gastada púrpura de los ponientes, destiñense en un río que se duerme en el horizonte sumergido en fulgores y agua. Hastíanse los árboles, y bajo su follaje albeado (por el polvo del tiempo, antes que por el de los caminos), álzase la mansión de lona del Expositor de las cosas pasadas: muchos reverberos recogen el crepúsculo y avivan las faces de una desventurada multitud, vencida por la enfermedad inmortal y el pecado de los siglos, de hombres cabe sus ruines cómplices, preñadas de los frutos miserables con los que ha de perecer la tierra. En el silencio intranquilo de todas las miradas suplicantes, de lejos, al sol que bajo el agua se hunde con la desesperanza de un grito, ved el sencillo pregón: «Ninguna enseña os hace gracia del espectáculo interior, porque ya no hay pintor capaz de figurarlo en una sombra triste. Traigo, viva (y preservada á través de los años por la ciencia humana), una Mu-

jer de otro tiempo. Suerte de locura, original é ingenua, un éxtasis de oro, ¡qué sé yo! por ella nombrado su cabellera, plié-gase con la gracia de las estrofas alrededor de un rostro esclarecido por la desnudez sangrante de los labios. En lugar del vestido vano, tiene un cuerpo; y los ojos, ¡á piedras raras parecidos! no valen la mirada que brota de su carne feliz; pechos erguidos, como si llenos estuviesen de leche perpetua, con las puntas al cielo; piernas lisas que guardan la sal de la mar primera. Recordando á sus pobres mujeres, calvas, enfermizas y llenas de horror, los maridos empújense; ellas también, por curiosidad, melancólicas, quieren ver.

— — —

Cuando todos hayan contemplado á la noble criatura, vestigio de alguna época ya maldita, unos, indiferentes, porque no habrán tenido fuerza para comprender; lastimados otros, con las pupilas húmedas de lágrimas resignadas, se mirarán; en tanto que los poetas de este tiempo, sintiendo

reinflamarse sus ojos extintos, se encaminarán hacia su lámpara, borracho un instante el cerebro de una gloria confusa, ob-

sesionados por el Ritmo y en el olvido de existir en una edad que sobrevive á la belleza.

LA PIPA.

Ayer he encontrado mi pipa, soñando una larga velada de trabajo, de hermoso trabajo de invierno. Arrojadlos los cigarrillos con todas las alegrías infantiles del verano, en el pasado que iluminan las hojas azules de sol, las muselinas, y vuelta á coger mi grave pipa por un hombre serio que quiere fumar largo tiempo sin molestar, con el fin de trabajar mejor; pero no esperaba la sorpresa que me preparaba esta desdeñada; apenas hube sacado de ella la primera bocanada, olvidé mis grandes libros que están por hacer: maravillado, enternecido, respiré el invierno pasado que volvía. No había tocado á la fiel amiga desde mi vuelta á Francia, y todo Londres, tal como le viví, por completo para mí, sólo hace un año, se me ha aparecido; primero esas amadas nieblas que arropan nuestros cerebros y tienen, allá abajo, un olor suyo, cuando penetran bajo la ventana. Mi tabaco olía á una habitación obscura, con muebles de cuero espolvoreados por el polvo del carbón, sobre los cuales

se desperezaba el flaco gato negro; las grandes chimeneas y la sirviente con los brazos rojos echando carbón, y el ruido de esos carbones cayendo del cubo de lata á la canastilla de hierro, por la mañana —cuando el cartero daba el doble aldabonazo solemne que me hacía vivir! He vuelto á ver por la ventana esos árboles enfermos del *square* desierto;— he visto la alta mar, tan á menudo atravesada este invierno, tiritando sobre la cubierta del *steamer*, mojada de bruma y negra de humo, con mi pobre muy amada errante, en traje de viajera, una larga falda gris, color del polvo de los caminos, un abrigo que se pegaba, húmedo, á sus hombros fríos, uno de esos sombreros de paja sin pluma y casi sin cintas, que las señoras ricas tiran al llegar, tan despedazados están por el aire del mar, y que las pobres muy amadas vuelven á adornar para muchas temporadas aún. En torno á su cuello se arrollaba el terrible pañuelo que agita uno al decirse adiós para siempre.

QUEJA DE OTOÑO.

Desde que María me ha dejado para ir á otra estrella —¿cuál Orión, Altair y tú, Venus?— siempre he amado la soledad. ¡Cuántos largos días he pasado solo con mi gato! Por *solo* entiendo sin un sér material, y mi gato es un compañero místico, un espíritu. Puedo, pues, decir que he pasado largos días solo con mi gato, y, solo, con uno de los últimos autores de la de-

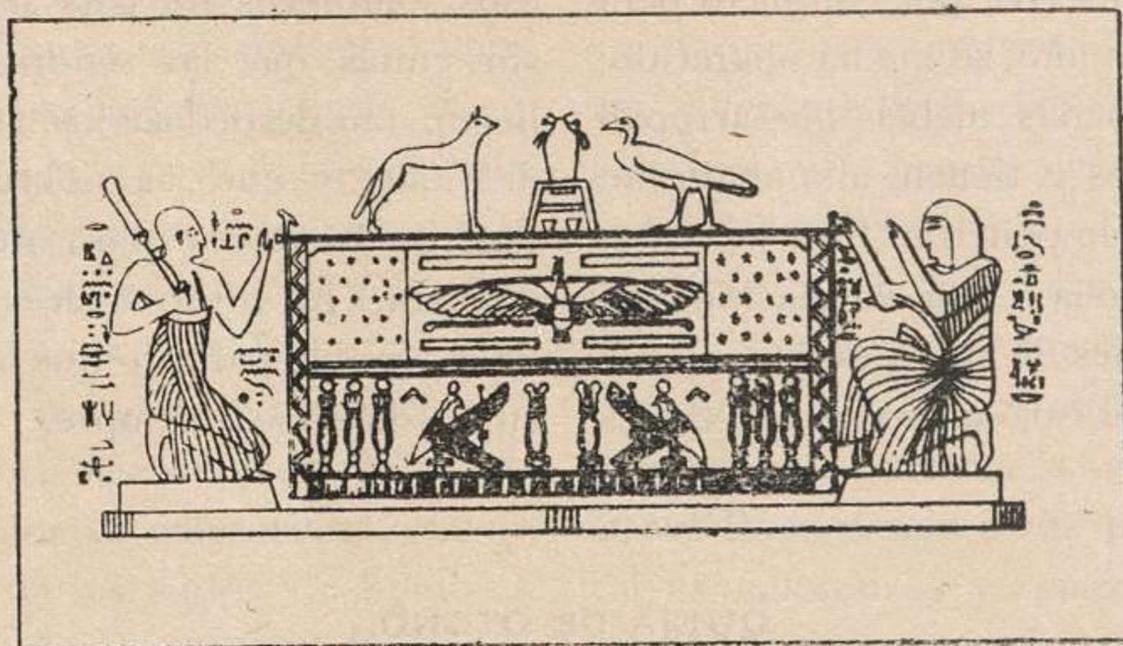
cadencia latina; porque desde que la blanca criatura no existe, extrañamente y singularmente he amado cuanto se resume en esta palabra: caída. Así, en el año, mi estación favorita son los últimos días aletargados del verano, que preceden inmediatamente al otoño, y en el día, la hora en que paseo es cuando el sol descansa antes de desvanecerse, con rayos de cobre amarillo

sobre los muros grises y de cobre rojo sobre los vidrios de las ventanas. Asimismo, la literatura, á la cual mi espíritu pide una voluptuosidad, será la poesía agonizante de los últimos momentos de Roma, con tal, sin embargo, de que no respire en modo alguno la proximidad rejuvenecedora de los Bárbaros y no balbucee el latín infantil de las primeras prosas cristianas.

Leía, pues, uno de esos queridos poemas (cuyas placas de colorete tienen más encanto sobre mí que el encarnado de la juventud) y hundía una mano en el pelo del puro animal, cuando un organillo cantó lánguidamente y melancólicamente bajo mi ventana.

Tocaba en la gran alameda, cuyas hojas

me parecen tediosas hasta en primavera, desde que María pasó por allí con cirios por última vez. El instrumento de los tristes, sí, en verdad: el piano centellea, el violín da á las fibras desgarradas la luz; pero el organillo, en el crepúsculo del recuerdo, me ha hecho soñar desesperadamente. Puesto que murmuraba con aire gozosamente vulgar y que puso alegría en el corazón mismo de los barrios bajos, un aire pasado de moda, trivial: ¿en qué consiste que su ritornelo me llegaba al alma y me hacía llorar como una balada romántica? La saboreé lentamente y no eché una moneda por la ventana por temor á cambiar de postura y á darme cuenta de que el instrumento no canta solo.





LUZ DE LUNA

Por la negra ventana encristalada
 Descolguéme, tremulante de pasión;
 En los linos de tu lecho arrebuja
 Eras Venus adormida, modelada
 Para el Pórtico Sagrado del Amor.

Entintando tu cabello aquella nieve,
 A mi loco devaneo pareció
 Que era el haz de tu cabello, fino y leve,
 Brusco apunte de una flama que se mueve
 O de un ala destrozada de condor.

Oh tus brazos como el mármol de Carrara!
 Oh las venas de tu cuello de marfil!
 Tan sutiles como aquellas que trazara
 Una oruga que en un lirio se arrastrara
 Tras un baño ligerísimo de añil.

Tus pupilas, en mansiones ideales,
 Prodigaban su fulgor de cielo azul;
 Y en tu alcoba, silenciosa, los cristales

De la luna, como espejos irreales
Fragmentados, te envolvían en su luz.

Reposaban en la alfombra tus chapines
Vigilados por utópico lebrel;
Y asomándose entre blondas de cojines,
Parecían ramilletes de jazmines
O de rosas en botón, tus niveos pies.

Tal vez nunca volveré, mi dulce amada,
A mirarte tremulante de pasión,
En los linos de tu lecho arrebujaada;
Como Venus adormida, modelada
Para el Pórtico Sagrado del Amor.

ABEL C. SALAZAR.





La Muerte.—Agua-fuerte de Julio Ruelas.



DILUCIDACIONES

«Los pensamientos é intenciones de un poeta son su estética,» dice un buen escritor. Que me place. Pienso que el dón de arte es aquel que de modo superior hace que nos reconozcamos íntima y exteriormente ante la vida. El poeta tiene la visión directa é introspectiva de la vida y una supervisión que va más allá de lo que está sujeto á las leyes del superior conocimiento. La religión y la filosofía se encuentran con el arte en tales fronteras, pues en ambas hay también una creencia artística. Estamos lejos de la conocida comparación del arte con el juego. Andan por el mundo tantas flamantes teorías y enseñanzas estéticas. . . . Las venden al peso adobadas de ciencia fresca, de la que se descompone más pronto, para aparecer renovada en los catálogos y escaparates pasado mañana.

Yo he dicho: Cuando dije que mi poesía era «mía en mí,» sostuve la primera condición de mi existir, sin pretensión ninguna de causar sectarismo en mente ó voluntad ajena, y en un intenso amor á lo absoluto de la Belleza. Yo he dicho: Ser sincero es ser potente. La actividad huma-

na no se ejercita por medio de la ciencia y de los conocimientos actuales, sino en el vencimiento del tiempo y del espacio. Yo he dicho: Es el Arte el que vence el espacio y el tiempo. He meditado ante el problema de la existencia y he procurado ir hacia la más alta idealidad. He expresado lo expresable de mi alma y he querido penetrar en el alma de los demás, y hundirme en la vasta alma universal. He apartado asimismo, como quiere Schopenhauer, mi individualidad del resto del mundo, y he visto con desinterés lo que á mi yo parece extraño, para convencerme de que nada es extraño á mi yo. He cantado en mis diferentes modos, el espectáculo multiforme de la naturaleza y su inmenso misterio. He celebrado el heroísmo, las épocas bellas de la historia, los poetas, los ensueños, las esperanzas. He impuesto al instrumento lírico mi voluntad del momento, siendo á mi vez órgano de los instantes, vario y variable, según la dirección que imprime el inexplicable Destino.

Amador de la cultura clásica, me he nutrido de ella, mas siguiendo el paso de mis días. He comprendido la fuerza de las

tradiciones, en el pasado, y de las previsiones en lo futuro. He dicho que la tierra es bella, que en el arcano del vivir hay que gozar de la realidad alimentados de ideal. Y que hay instantes tristes por culpa de un monstruo malhechor llamado Esfinge. Y he cantado también á ese monstruo malhechor. Yo he dicho:

Es incidencia la Historia. Nuestro destino supremo
Está más allá del rumbo que marcan fugaces las épocas,
Y Palenke y la Atlántida no son más que momentos soberbios
Con que puntúa Dios los versos de su agusto Poema.

He celebrado las conquistas humanas y he, cada día, afianzado más mi seguridad de Dios. De Dios y de los dioses. Como hombre he vivido en lo cotidiano; como poeta no he claudicado nunca, pues siempre he tendido á la eternidad. Todo ello para que, fuera de la comprensión de los que me entienden con intelecto de amor, haga pensar á determinados profesores en tales textos; á la cuquería literaria, en escuelas y modas; á este ciudadano, en el ajenjo del Barrio Latino, y al otro, en las decoraciones «arte nuevo» de los «bars» y music-halls. He comprendido la inanidad de la crítica. Un diplomado os alaba por lo menos alabable que tenéis; y otro os censura en mal latín ó en esperanto. Este doctor de fama universal os llama aquí «ese gran talento de Rubén Darío,» y allá os inflige un estupefaciente desdén. Este amigo os defiende temeroso. Este enemigo os cubre de flores, pidiéndoos por lo bajo una limosna. Eso es la literatura. Eso es lo que yo abomino. Maldígame la potencia divina, si alguna vez, después de un roce semejante, no he ido al baño de luz lustral que todo lo purifica: la autoconfesión ante la única Norma.

* * *

Jamás he manifestado el culto exclusivo de la palabra por la palabra. «Las pala-

bras —escribe el Sr. Ortega y Gasset, cuyos pensares me halagan,— las palabras son logaritmos de las cosas, imágenes, ideas y sentimientos, y por lo tanto, sólo pueden emplearse como signos de valores, nunca como valores.» De acuerdo. Mas la palabra nace juntamente con la idea, ó coexiste con la idea, pues no podemos darnos cuenta de la una sin la otra. Tal mi sentir, á menos que alguien me contradiga después de haber presenciado el parto del cerebro, observando con el microscopio los neurones de nuestro gran Cajal.

En el principio está la palabra como única representación. No simplemente como signo, puesto que no hay antes nada que representar. En el principio está la palabra como su manifestación de la unidad infinita, pero ya conteniéndola. «Et verbum erat Deum.»

La palabra no es en sí más que un signo, ó una combinación de signos: mas lo contiene todo por la virtud demisirgica. Los que la usan mal, serán los culpables si no saben manejar esos peligrosos y delicados medios. Y el arte de la ordenación de las palabras no deberá estar sujeto á impresión de yugos, puesto que acaba de nacer la verdad que dice: el arte no es un conjunto de reglas, sino una armonía de caprichos.

Yo no soy iconoclasta. ¿Para qué? Hace siempre falta á la creación el tiempo perdido en destruir. Malhaya la filosofía que viene de Alemania, que viene de Inglaterra ó que viene de Francia, si ella viene á quitar, y no á dar. Sepamos que muchas de esas cosas flamantes importadas, yacen, entre polillas, en ancianos infolios españoles. Y las que no, son pruebas por corregir para la edición de mañana, en espera de una sucesión de correcciones. Aquí se está ahora, editorialmente —en Palma de Mallorca— desenterrando de sus cenizas á un Lulio. ¿Creéis que este Fénix resuci-

tado contenga menos de lo que puede dar á la percepción filosófica de hoy cualquiera de los repórters usuales en las cátedras periodísticas y más ó menos sobórnicas del día?

Construir, hacer, ¡oh juventud! Juntos para el templo; solos para el culto. Juntos para edificar; solos para orar. Y la constancia no será la menor virtud, que en ella va la invencible voluntad de crear. Mas

si alguien dijera: «Son cosas de ideólogos,» ó «son cosas de poetas,» decir que no somos otra cosa. Es expresar: además del cerdo y del cisne, que nos han adjudicado ciertos filósofos, tenemos el ángel.

¡Tener ángel, Dios mío! Pido exégetas andaluces.

RUBÉN DARÍO.

Mallorca.

CULPA A LA BRISA.....

No me culpes si á millares
te doy, lector, mis cantares.

Culpa á esas locas brisillas
que en mi derredor se mecen:
ellas traen las semillas
que sobre mi alma florecen
en versos y cancioncillas.....

¡No me culpes, oh lector!
Soy como el tiesto olvidado:
aunque nunca esté regado,
nace en él la humilde flor.....

MARÍA ENRIQUETA.



DE "LOS TROFEOS" DE JOSÉ M. DE HEREDIA

ESMALTE

He ahí la placa; el horno rojea. Fija el lampo.
Forja el metal que muestra su vivo irisamiento,
E incrusta con el fuego al sombrío pigmento
De tu pincel la chispa luciente como un ampo.

¿Hay héroe que merezca, de los lauros del campo,
Príncipe, sabio, amante, el divino ornamento?
¿Hay un dios por quien hagas bajo un cielo en tormento,
Saltar la hidra escamosa ó el azul hipocampo?

No. Graba en deslumbrante medalla de zafir
Un perfil orgulloso de guerrera de Ofir,
Talestris, Bradamante, Auda ó Penthesilea;

Y exalta su imponente deidad, con el decoro
De una quimera alada en su testa febea,
Y haz que el seno se combe so la gorgona de oro.

FUGA DE CENTAUROS

Rumbo á las foscas guájaras donde el cubil se apresta,
Van los centauros, ebrios de sangre y rebelión;

El miedo les empuja, sienten la muerte presta
Y en la noche olfatean un rastro de león.

Zarzas, cuencas, torrentes —que nada les arresta—
Raudos cruzan; aplastan la hierba, el escorpión;
Allá, en el horizonte, se recorta la cresta
Del Olimpo, la Osa, y del negro Pelión.

De vez en cuando, alguno de la feroz ralea
Se pára bruscamente, se encabrita, ventea,
De un gran salto se junta al fraterno tropel:

Que á la luz de la luna su mirada instantánea
Ve crecer, tras su grupa, con terror pánico, el
Espanto fabuloso de la sombra herculánea.

ANTONIO Y CLEOPATRA

Los dos contemplan desde la cálida terraza,
El bochorno de Egipto bajo el sol rutilante;
Cubre al Delta la onda del sacro Nilo errante,
Y á Saíz y á Bubasto sus derroteros traza.

Siente el Romano contra la sólida coraza,
Heracles prisionero de aquella Onfalia amante,
Cómo se afloja sobre su corazón triunfante,
El cuerpo voluptuoso que ebrio de amor abraza.

Al héroe, que ella exalta con perfumes tenaces,
Tiende la testa pálida entre los negros haces
Del cabello; y al darle de su boca el tesoro,

Extraviado en sus claras pupilas, el Triunviro
Ve que huyen sus galeras por mares de zafiro
Y que desaparecen en lontananzas de oro.

RAFAEL LÓPEZ.

México.



LAS "POESIAS" DE UNAMUNO

Suele decirse de ciertos escritores en prosa —pensadores ó novelistas,— que son verdaderos y grandes poetas; no porque adornen su estilo con la trivial retórica de la llamada *prosa poética*, que tan justamente desdeñaba el sincero Núñez de Arce, sino porque presentan sus conceptos envueltos en la radiosa veste de las imágenes ó teñidos con el suave matiz de la emoción.

En España es moda, ó lo fué por algún tiempo, entre cierto grupo literario, declarar que Menéndez Pelayo es, ante todo, un poeta, aunque no precisamente en sus versos. No niego que el insigne erudito haya producido páginas de sobria y noble poesía (léase, como ejemplo, el estudio sobre *Martínez de la Rosa*); pero no lo creo, en verdad, uno de los prosistas de quienes se pueda afirmar que son casi siempre poetas, como Chateaubriand ó Ruskin.

Ignoro si la admiración ha querido elevar á Don Miguel de Unamuno al rango de los poetas no versificadores, puesto que si así fuera, me aventuro á declarar por anticipado que lo estimo en ese respecto de idéntico modo que á Menéndez Pelayo.

Unamuno ha escrito también páginas magníficamente poéticas, especialmente en

sus *Paisajes*. Posee una manera suya, vigorosa, sintética, de describir el paisaje de Castilla, anguloso y profundo como su pensamiento. Cuando clama por la sinceridad ó por la pasión, cuando expresa sus devociones por lo elevado y lo hondo, suele encontrar acentos vibrantes y hasta decires amables. Pero acaso no pasen de ahí sus cualidades de poeta, y en cambio de ellas, cuánto vigor perdido en la esterilidad de inútiles polémicas!

Es ya un lugar común decir que el rector salmantino es uno de los más sinceros é independientes espíritus de la España contemporánea. Sincero é independiente, sí, y original pensador y penetrante psico-sociólogo; pero no sereno. Por esto se comprende que no haya podido erigirse en guía y maestro en un país y en un mundo intelectual, necesitados ambos de disciplina. El maestro, el «animador,» ha de ser sereno, aunque sea intransigente. Los agitadores, los revolucionarios, ha dicho Guyau, realizan la labor menos positiva: remueven, pero rara vez dejan sedimento. El que trabaja sin cuidarse de los vaivenes ajenos, logra legar una obra influyente y perdurable.

Desde su aislamiento entre la bruma de

Finlandia, con qué serenidad formuló Gannivet sus conceptos sobre la psicología del pueblo español! Unamuno profesa el aislamiento; me figuro que éste sólo es real en lo que atañe á las relaciones sociales. Intelectualmente, el severo profesor vive en relación constante con el mundo hispano, y, lo que es más, en polémica constante sobre cuestiones sociológicas, las cuales ilumina con frecuencia, y sobre cuestiones artísticas, las cuales, en el sentir de muchos, contribuye á obscurecer. Se le atribuye habilidad como manejador de la invectiva y de la paradoja; pero ahí precisamente se descubren sus limitaciones. Sus invectivas carecen á menudo de vuelo; para la paradoja, es demasiado sincero. Heine, el más hábil lanzador de invectivas en el siglo XIX, fué siempre espiritual; y estúdiese la paradoja en Oscar Wilde y en Bernard Shaw: para el primero, era un arte; para el segundo, es un arma; ambos son espíritus profundos, pero no sinceros. . . . cuando son paradójicos.

No; Unamuno acude á la invectiva y á la paradoja, porque su espíritu es demasiado inquieto, inquieto hasta la hiperestesia. Con un poco de serenidad, sería menos contradictorio y más amplio, y, despreciando minucias de momentos que ofrece todo panorama intelectual, se elevaría á ambientes más puros donde no se advierten los hormigueos del valle, sino la tranquila hermosura que cambia y se matiza con el curso del sol.

El libro de *Poesías* que Unamuno acaba de lanzar, se antoja algo así como un manifiesto. Con frecuencia, el pensador discute y se exalta sobre cuestiones poéticas: se indigna porque nada expresen los contemporáneos versos castellanos, y hasta italianos y franceses; se ensaña contra los

procedimientos del día, encuentra demasiado muelle la técnica y juzga que se le concede exceso de atención. . . . Y para llevar á la práctica sus ideas en el respecto, nos da su libro de *Poesías*.

Relacionando esta nueva manifestación de su complejo espíritu con las observaciones que antes esboqué, declaro que no he encontrado poesía en estos versos, como la encuentro en *Paisajes*, y *De mi país*; ni siquiera la tibia y mesurada poesía que presta el aliño clásico á los versos de Menéndez Pelayo, porque Unamuno, estimando pobre la técnica existente y trabajosa la rima, ensaya procedimientos personales de métrica y rehuye todo lo que juzga afectación retórica.

Como obra de un espíritu selecto, y á pesar de la multitud de empeños irrealizables que en ellas se descubren, las *Poesías* de Unamuno al fin ofrecen muy de tarde en tarde ideas poéticas, expresadas discretamente en dos, en cuatro versos, siempre en fragmentos brevísimos; pero la preocupación de la espontaneidad y de la sencillez las hunden de continuo (aun á las traducciones de poetas de tan gallarda forma como Leopardi, Coleridge, Carducci) en la *ramplonería* que su autor profesa detestar.

¡Númenes de Fray Luis y de Rioja! Empeñarse en rebuscar nuevas sencilleces poéticas, como si Rubén Darío no hubiese alcanzado la sumidad de la expresión sencilla del Pórtico de *Cantos de Vida y Esperanza*, y negar que piensen los poetas modernos como si no cantaran todavía Díaz Mirón y *Almafuerte!*

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

México, Junio de 1907.

(De «El Diario» de México)



Del castillo en ruinas la poesía canta.
 A través de las ramas vuelca el sol la fatiga
 De la tarde. La brisa los recuerdos levanta,
 Y en la paz de la hora los misterios desliga
 De las cosas amables, de la banca que era
 Blando reclinatorio de la ilusión viajera.

Los estanques dormidos sus fragancias exhalan,
 —A la sombra atigrada de los verdes pinares;—
 ¡Qué sueños al espíritu sugieren! y resbalan
 Por el alma besándola con sus mudos cantares.....

Serpenteando huyen las húmedas veredas
A las tupidas frondas de lánguidos cipresés,
Donde un roce doliente de rosas y de sedas
Despiertan con sus alas los céfiros á veces.

El rebotante vaso de la marmórea fuente
A su vasta cintura, como una enagua frágil,
Sutil y con encajes, ligera y transparente,
ciñe y en blancos hilos el agua corre ágil. . . .

Blandos vuelos las aves ensayan en la viva
Transparencia del día, radiantemente claro,
Y asómase á la reja de la discreta ojiva
El intenso misterio de un hondo desamparo.

De los frondajes llenos de pájaros y frutas,
Penden los nidos, nidos de dulces armonías,
Y las ramas oscilan cual si fueran batutas! . . .
Rememoran los cantos de muertas alegrías!

De las silvestres viñas hasta mí un penetrante
Perfume viene, infiltra en mi alma embriagueces,
Y sola, gentilicia, como una luz errante,
Te acercas, y al quererte besar, te desvaneces.

En un celaje nácar mi delirio te esconde,
Y surcando horizontes purpúreos en que riela
Leve polvo de plata, vas hacia no sé dónde.
Y eres sueño que pasa en un lampo que vuela! . . .

Hermanas de los seres de cabello de armiño:
 De los muros turbando la lozanía agreste
 Blanca flor abre el broche como despierta un niño
 De la vejez en brazos, sin aliño de veste.

En desplomada estatua, con salvaje pujanza,
 Perlado de rocío el musgo crece ufano:
 Antójaseme un manto divino de esperanza
 Sobre los viejos sueños del espíritu humano!

.....

Como que gesticulan por sus grietas los muros;
 Lenta por el espacio la noche sus crespones
 Despliega, empasta todo con sus negros duros,
 ¡Y doblan mi cabeza mudas meditaciones!

EMILIO VALENZUELA.





Sra. Matilde de la Garza de Margáin. † el día 23 de Abril de 1907.



J. RVELAS. 901

EL NENÚFAR BLANCO

STÉPHANE MALLARMÉ.

Había remado mucho con un amplio movimiento neto y retardado, fijos los ojos en lo interior, en el completo olvido de avanzar, como corría alrededor la delicia de la hora. Tanta inmovilidad había que, rozado por un ruido inerte, en el que se deslizó hasta la mitad el *yole*, no advertí la parada sino por el brillo inmóvil de iniciales sobre los remos descubiertos, lo que me volvió á mi identidad mundana.

¿Qué sucedía? ¿en dónde estaba?

Fué preciso, para ver claro en la aventura, recordar mi partida pronta, ese julio de flamas, sobre el vivo intervalo, entre sus vegetaciones dormidas, de un siempre estrecho y distraído arroyuelo, en busca de floraciones acuáticas y con un designio de reconocer el paraje ocupado por la propiedad de la amiga, de una amiga á quien debía improvisar un saludo. Sin que el festón de ninguna hierba me retuviese ante algún paisaje rechazado más que otro, con su imagen por el mismo golpe imparcial de remo, acababa de encallar en alguna

mata de espadañas, término misterioso de mi viaje, en medio del río, en donde súbitamente ensanchado en fluvial sotillo, distiende un abandono de estanque, rizado por las indecisiones que parten que tiene una fuente.

La inspección detallada me hizo saber que ese obstáculo de verdura apuntado hacia la corriente, ocultaba el arco único de un puente, prolongado en tierra aquí y allá, por seto limítrofe de musgos. Me di cuenta. Sencillamente el parque de... la desconocida á quien saludar.

Una linda vecindad, durante la estación, el carácter de quien se ha elegido retiro tan húmedamente impenetrable, no pudiendo ser sino conforme con mi gusto. Ciertamente, había hecho de ese cristal su espejo, al abrigo de la indiscreción ostentosa de las tardes; ella acudía allí y la glaciada nube de plata de los sauces no estuvo, más pronto que la limpidez de su mirada, habituada á cada hoja.

Toda la evoqué, lustral.

Encorvado en la esportiva actitud en que me retenía la curiosidad, como bajo el silencio espacioso de lo que anunciaba á la extraña, sonreí al comienzo de esclavitud exhalado por una posibilidad femenina: lo que no significaban mal las correas que ataban el calzado del remador á las tablas de la embarcación, del mismo modo que se llega á ser uno con el instrumento de sus sortilegios.

«También otra cualquiera. . . .» iba yo á terminar.

Cuando un ruido imperceptible me hizo dudar si la moradora de la ribera buscaba mi refugio, ó inesperadamente el estanque.

El paso cesó; ¿por qué?

Sutil secreto de los pies que van, vienen, conducen al espíritu adonde lo quiere la cara sombra envuelta en la batista y los encajes de una falda que afluye al suelo como para circuir del talón al pulgar, en un vuelo, esa iniciativa por la que el paso se abre, en lo más bajo y rechazados los pliegues en su seguimiento, un escape, con su doble flecha sabia.

¿Conoce un motivo, para su detención, ella misma, la que pasea; y no es, para mí, tender demasiado alto la cabeza, por entre estos juncos que no hay que sobrepasar y la mental somnolencia que vela á mi lucidez, interrogar á tal punto el misterio?

—«A qué tipo se ajustan vuestros rasgos, siento su precisión, señora, interrumpir lo instalado aquí por el ruido de una llegada, ¡sí! ese encanto instintivo de lo oculto no defendido contra el explorador

por el más auténticamente anudado, con un bucle de diamante, de los cinturones. Tan vago concepto se basta, y no transgredirá la delicia llena de generalidad que permite y ordena excluir todos los rostros, al punto que la revelación de uno (no vayáis á inclinarlo, patente, sobre el furtivo dintel en que reino) ahuyentaría mi turbación, con la que nada tiene que hacer.»

Mi presentación, en este traje de mero-deador acuático, puedo intentarla, con la excusa del azar.

Separados, se está próximo: me mezclo á su confusa intimidad, en esta pausa sobre el agua en la que mi sueño retarda lo indeciso, mejor de lo que una visita seguida de otras autorizaría. ¡Qué de ociosos discursos, en comparación del que sostuve para no ser oído, serían necesarios antes de volver á hallar tan instintivo acuerdo como el presente, el oído al ras de la madera hacia la arena entera que se ha callado.

La pausa se mide por el tiempo de mi indecisión.

Aconseja, ¡oh ensueño! ¿qué hacer?

Resumir en una mirada la ausencia virgen esparcida en esta soledad, y como se corta en memoria de un sitio uno de estos magníficos nenúfares cerrados que en él surgen de súbito, que envuelven en su hueca blancura una nada, hecha de sueños intactos, de felicidad que no habrá de realizarse y de mi aliento retenido aquí, por el miedo de una aparición, —con ello partir: tácitamente, contrarremando poco á poco, sin que por un choque rompa la ilusión, ni el claqueteo de la visible bola de espuma arrollada en mi fuga arroje á los pies advenedizos de nadie, la transparente semejanza del rapto de mi flor ideal.

Si atraída por una sensación de lo insólito, hubiera aparecido la Meditabunda ó la Altiva, la Hosca, la Alegre, tanto peor para este indecible aspecto que ignoro para siempre! porque llevé á cabo en toda regla la maniobra: me desprendí, viré y bordeaba ya una ondulación del arroyo, llevando como un noble huevo de cisne, tal que de

él no emprenderá el vuelo, mi imaginario trofeo, no henchido sino de la ausencia exquisita de sí mismo que gusta, en estio, perseguir en las avenidas de su parque, toda mujer, detenida á menudo y largo tiempo, como al borde de una fuente que franquear ó de alguna extensión llena de agua.

Trad. de R. GÓMEZ ROBELO.



LA MUERTE DE LA "REVISTA AZUL"

El viejo *repórter* que pretendió resucitar la «Revista Azul» de Gutiérrez Nájera, con un absurdo programa antimodernista, radicalmente opuesto al amplio espíritu de tolerancia del fenecido fundador, ha declarado que el fracaso pecuniario le obliga á desistir de su censurable y censurado intento.

Ha sido, pues, completo el triunfo de la juventud que protestó contra el desacato, en el manifiesto publicado el 7 de Abril, y en la gran manifestación pública del 17, con la procesión vespertina y la velada nocturna, en las cuales, la falange juvenil (en cuyo nombre hablaron en prosa y en verso, Rafael López, Max Henríquez

Ureña, Ricardo Gómez Robelo y Roberto Argüelles Bringas), fué apoyada por Urbina, por nuestro director Valenzuela y por Urueta, cuyo verbo poderoso tronó contra la profanación.

El público, en este caso, no fué el niño eternamente engañado; la protesta le hizo abrir los ojos. Y no poco significó en este proceso el hecho de que los más respetables cultivadores de las formas tradicionales —el Obispo Pagaza, Rafael Delgado, Salado Alvarez, el Dr. Manuel Flores,— negaran su apoyo al programa de intolerancia de la fracasada «Revista Azul» apócrifa.

Canción de la noche en el mar.

¿Que barco viene allá?
¿Es un farol, o es una estrella?
¿Que barco viene allá?
Es una linterna tan bella...
Y no se sabe a donde va!

Es Venus, es Venus la bella!
¿Es un alma, o ~~es~~ una estrella?
¿Que barco viene allá?
Es una linterna tan bella...
Y no se sabe a donde irá!

Es Venus, es Venus, es ella!
Es un farol y es una estrella
Que nos indica el mar allá
Y que el Amor sublime sella:
Y es tan misteriosa y tan bella
Que en la noche deja su huella
Y no se sabe a donde va!

Dubén Darío

Oceano Atlántico, MCMVI



Exmo. Sr. D. Enrique C. Creel, Embajador de México en Washington, recientemente electo Gobernador Constitucional del Estado de Chihuahua.



A UN CUISTRE

Deja al poeta con el mundo á solas:
 sabrá llegar, con derrotero cierto,
 adonde se alza el verdadero puerto,
 á pesar de la furia de las olas.

Tus consejos, son necias barcarolas
 cuando ruge el ciclón sobre el desierto
 mar de la triste vida. ¡En el mar muerto
 sólo están bien tus vanas gloriolas!

El arte es uno, y el poeta un día
 penetrará el dintel bravo y eterno
 de la belleza, deslumbrante y pía:

su evolución á su pericia fía.
 Siglo *dos mil*, tan nuevo y tan moderno,
 ¿cuáles serán tu ciencia y poesía?

JESÚS E. VALENZUELA.



EL TEATRO EN PARÍS

EL TRIUNFO DE "SALOMÉ"

Los mismos periódicos que hace un par de meses, no se atreverían á aconsejar al director de la Gran Ópera que pusiera en escena la obra de Richard Strauss, tienen hoy que confesar que «nunca un teatro parisiense ha producido tanto como el Châtelet durante la semana de «Salomé.»

Según las cuentas de la Sociedad de Autores, en efecto, las seis representaciones recientes, dieron un total de ciento noventa mil trescientos sesenta y seis francos, repartidos del modo siguiente:

Primera representación, 39,278 francos.

Segunda ídem, 28,605 ídem.

Tercera ídem, 30,217 ídem.

Cuarta ídem, 30,197 ídem.

Quinta ídem, 30,102 ídem.

Sexta ídem, 31,968 ídem.

¡Qué lección para los que en nombre de los «intereses materiales,» tratan de desterrar del teatro la leyenda y la poesía!

¡Qué ejemplo para los que, desdeñosos de la vulgaridad triunfante, se consagran al cultivo de las imágenes suntuosas!

«Salomé,» la «Salomé» que Wilde escribió en francés, es una de las obras más extraordinarias que ha producido nuestra época. Aprovechando la historia como una fuente de inspiraciones, el pobre y grande poeta inglés logró crear una de esas «verdades posibles» que llegan, poco á poco, á sobreponerse á la «verdad real.» De todas las «Salomés» que á través de los siglos han ideado los hombres, sólo ésta, la última de todas en fecha, pero la primera en belleza, establece un mito nuevo, más ardiente y más trágico que el mito original. Nuestro maestro, Anatole France, que, como todos los poetas, ha buscado en la historia la huella de la princesa sanguinaria, me explicaba hace poco tiempo, hablándome de un estudio suyo en preparación, lo que la exegesis le había permitido descubrir en la enmarañada selva de las crónicas judaicas.

—Herodes Antipas era un príncipe débil y voluptuoso, lleno de supersticiones y de deseos. Cuando el Bautista lo acusó en público de vivir con su hermana, sintióse conmovido. Tanta insolencia, le pareció un signo divino. Pero su mujer, la feroz Herodiades, juró que se vengaría del duro apóstol, y sabiendo la influencia que Salomé, hija de su primer marido, tenía en el tetrarca, durante los instantes de lujuria y de embriaguez, le aconsejó que pidiera en la primera ocasión la cabeza del Bautista. Y es probable que la escena fué tal cual la Biblia nos la refiere.

En este punto, Anatole France, como Huysmans, como Gustave Moreau, como Flaubert, como todos los que han estudiado á fondo la leyenda salomeica, están de acuerdo con los comentadores católicos de los textos sagrados. Sólo Oscar Wilde, erudito también, pretendía que la historia aceptada por la Iglesia era una impostura, porque el poeta inglés creía en su invención como en una verdad revelada.

— Los evangelistas — solía decir — se pusieron de acuerdo para mentir en esto como en otras cosas.

Y después de leer en alta voz las breves líneas que San Mateo consagra á Salomé, exclamaba:

¿Es posible que haya sido tan pálida aquella tragedia que de tal modo ha impresionado á los siglos?

El texto bíblico, en efecto, no es muy luminoso.

Helo aquí:

«El día del festín de la natividad de Herodes, la hija de Herodiades bailó en medio y gustó al rey.

«Y éste le ofreció, bajo juramento, que la daría todo lo que le pidiera.

«Y ella, aconsejada por su madre, le dijo:

«Dame, en una fuente de plata, la cabeza de Juan el Bautista.

«Y el rey se afligió. Pero á causa del juramento y de los que estaban sentados con él, ordenó que le fuese dada.

«Y mandó decapitar á Juan en su prisión.

«Y la cabeza de éste fué traída en un plato y entregada á la hija de Herodiades. Y ella la presentó á su madre.»

Wilde tenía en este punto un evangelio propio. La cabeza del Bautista le parecía demasiado santa para que una princesa se decidiera á pedirla sin tener en ello un interés personal.

— La fábula de la obediencia — solía decir — es absurda.

La única fábula que se le antojaba verosímil era la del amor.

En su obra, que hoy aplaude el mundo entero, vemos á Juan el Bautista lanzando desde su prisión anatemas formidables contra Herodes: Salomé, que lo ve, se enamora de él, y exclama:

— Sus ojos son terribles. Parecen los negros agujeros que dejan las antorchas en un tapiz de Tiro. Son como las cavernas oscuras en que habitan los dragones, ó bien como lagos negros que agita el influjo de lunas fantásticas.

Pero Yokanaán, en vez de sentirse atraído por las sonrisas de la virgen voluptuosa, la cubre de improperios. La escena es admirable, y en realidad contiene toda la esencia del drama.

— Hela aquí completa:

— ¿Quién es la mujer que me mira? — pregunta San Juan. — ¿Por qué me mira con sus ojos de oro, que brillan bajo sus párpados amarillos? No sé quién es; no quiero saberlo. Decidla que se marche; no quiero hablarla.

— Soy la hija de Herodías, princesa de Judea — contesta Salomé. —

— Atrás, hija de Babilonia! ¡No te acerques al elegido del Señor! Tu madre ha manchado la tierra con el oprobio de sus

iniquidades, y el clamor de sus pecados ha llegado hasta el trono del Señor.

—¡Prosigue, Yokanaán! ¡Tu voz me embelesa!

—¡No te acerques, hija de Sodoma! Cubre tu rostro con un velo, pon ceniza sobre tu cabeza, y ve al desierto en busca del Hijo del Hombre.

—¿Quién es el Hijo del Hombre? ¿Es tan hermoso como tú, Yokanaán?

—¡Espíritu de Dios, Señor nuestro! ¿Qué haces ahí con tu cuchilla levantada? ¿Qué buscas en este palacio inmundo? ¡No ha llegado aún el día del que debe morir vestido de plata!

—¡Yokanaán!

—¿Quién me habla?

—¡Yokanaán! Estoy enamorada de tu cuerpo, que es blanco como el lirio que nace en la pradera, nunca hollada por la planta del segador. Tu cuerpo es blanco como la nieve de los montes de Judea, que desciende al fondo del valle. No son tan blancas como tu cuerpo las rosas que florecen en el jardín de la reina de Arabia, ni los pies de la aurora cuando caminan leves sobre el follaje, ni el disco de la luna cuando se refleja en la llanura del mar..... Nada, nada en el mundo existe de una blancura comparable á la de tu cuerpo. Déjame tocarlo, solamente tocarlo.

—¡Atrás, hija de Babilonia, atrás! ¡El mal ha venido á la tierra por culpa de la mujer! ¡No me hables, no quiero escucharte! Sólo tengo oídos para la palabra de Dios.

—Tu cuerpo es inmundo, como el del leproso. Diríase una pared de yeso, por donde pasaron víboras y en la que anidaron escorpiones; como sepulcro blanco por fuera y lleno de podredumbre en su interior. ¡Oh, qué horrible es tu cuerpo!... ¡Sólo tus cabellos me gustan, Yokanaán! Tus cabellos, que se parecen á los racimos negros que cuelgan de la viñas de Edom,

y también á los grandes cedros del Libano que dan sombra á los leones y amparo al malhechor que huye de la claridad del sol. Las noches largas y profundas, cuando la luna se esconde y las estrellas no esplenden, son menos negras que tus cabellos. No es tan negro el silencio que puebla las selvas. Nada hay en el mundo tan negro como tus cabellos. Permíteme tan sólo que los toque.

—¡Atrás, atrás, hija de Sodoma! ¡No quiero que te acerques á mí! ¡El templo del Señor no debe profanarse!

—Tus cabellos son horrorosos. Están cubiertos de polvo y cieno. Parece que se hubiera colocado una corona de espinas en tu frente y que un nido de sierpes se enroscase á tu cuello. No me gustan tus cabellos. Sólo tu boca me parece hermosa, Yokanaán! Tu boca es como una cinta de escarlata en torre de marfil, como granada abierta con cuchillo de plata. No son tan rojas como ella las flores del granado que nace en los jardines de Tiro. Su color es más vivo que el de las mismas rosas. Menos encarnados son que tu boca los gritos rojos de las trompas que anuncian la llegada de los reyes y ponen espanto en las huestes enemigas. Tu boca es más encarnada que los pies que huellan la uva en el lagar; más roja que las de las palomas que habitan en los templos y que los sacerdotes cuidan; más que los pies del que regresa del bosque después de haber matado leones y tigres. Es tu boca como la rama de coral cogida por los pescadores en el crepúsculo y que se guarda para los reyes, como el bermellón que los de Moab extraen de sus minas y que los reyes les arrebatan. Es como el arco del rey pérsico, teñido de rojo y con cuernos de coral. Nada, nada existe en el mundo tan rojo como tu boca. Deja que la bese.

—¡Jamás, hija de Babilonia! ¡Hija de Sodoma, jamás!

—¡Quiero besar tu boca, Yokanaán, la quiero besar! ¡La besaré á tu pesar!.....

Después de leer esta escena, se comprende toda la tragedia. Salomé, herida en su amor y en su amor propio, jura vengarse y pide á su tío el tetrarca la cabeza del Bautista, para poder besar muertos, los labios que, vivos, la rechazaron.

El final de la obra, es de una grandeza trágica y sensual, que espanta. La princesa recibe de manos del verdugo la cabeza cortada, y besándola exclama:

—¡Ah! ¿No has querido dejarme besar tu boca? ¡Pues bien!..... ¡Impídelo ahora!..... Ahora la besaré, la morderé con mis dientes, como se muerde el fruto apetecido..... Te lo repito. Ahora besaré tu boca á mi antojo..... ¿Mas por qué no me miras, Yokanaán? Tus ojos, tus terribles ojos, ya inflamados por la cólera, ya fulminadores del más profundo desprecio, se han cerrado para siempre. ¿Por qué se cerraron? ¡Ábrelos! ¡Levanta tus párpados, Yokanaán! ¿Por qué no me miras? ¿Acaso

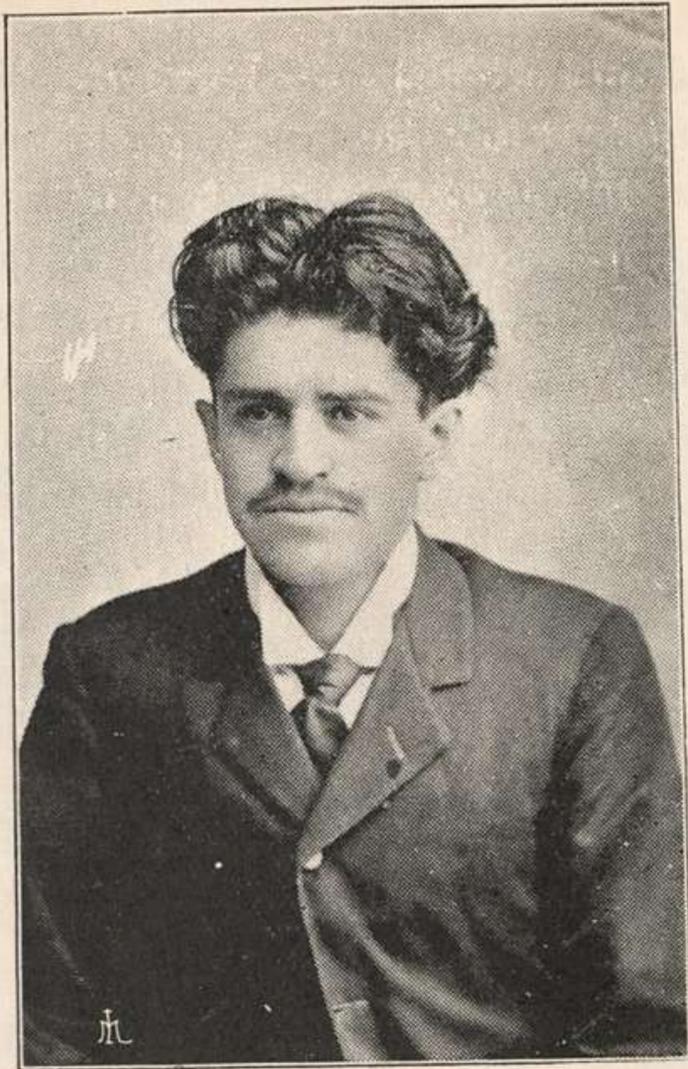
me temes? ¿Por qué no quieres mirarme?..... Tu lengua, que era como sierpe venenosa, ha enmudecido, Yokanaán. Verdaderamente es prodigioso. ¿Cómo es que no se agita ya la víbora roja? No me has querido, Yokanaán. Me has despreciado. Me has arrojado al rostro los insultos más crueles. Me has tratado de cortesana y ramera, ¡á mi!..... ¡á Salomé, hija de Herodiades, princesa de Judea! Y, sin embargo, Yokanaán, yo vivo todavía y tú ya no. ¡Y tu cabeza me pertenece!..... ¡Puedo hacer de ella lo que me plazca!..... ¡Puedo arrojarla á los perros ó entregarla á las aves de rapiña..... ¡Ah, Yokanaán, Yokanaán!..... Has sido el único hombre que he amado.....

Tal es la tragedia como Oscar Wilde la inventó. Pero al decir que «la inventó,» temo herir las manos de mi pobre amigo, que pretendía ser sencillamente el historiador verídico de un episodio que los evangelistas habían adulterado.

E. GÓMEZ CARRILLO.

(De «El Imparcial,» de Madrid).





Antonio Caso.

LA CONFERENCIA SOBRE NIETZSCHE *

.....
 «Vino en seguida la Conferencia de Antonio Caso sobre «La significación y la influencia de Nietzsche en el pensamiento moderno.» Con verdadera entonación y facilidad de orador, abordó Caso el tema, presentando en rápido cuadro la rara personalidad de Nietzsche y su actitud de opositor de los ideales de la civilización contemporánea. Explicó cómo á esto se debía la estupenda resonancia de su obra y la influencia que ejercía en las conciencias modernas; y le definió como un filósofo artista, más artista que filósofo. Analizó la mentalidad de los filósofos, comparándola con la de los artistas, y estableciendo la diferencia entre ambas: la primera tiende á dominar y abarcar lo general, lo universal; la segunda se detiene en lo individual. Tuvo frases bellísimas al exultar

la personalidad de tres hombres que han ascendido á igual altura de mentalidad filosófica y de temperamento artístico: Platón, Leonardo da Vinci y Goethe.

Explicó que Nietzsche no alcanzaba la cumbre de la filosofía como Kant ó Schopenhauer ó Spencer, porque no había construido una doctrina sistemática; y le analizó en sus tres fases: artista, moralista, filósofo. En la primera, le concedió altísimas dotes, aunque sin aceptar su explicación pesimista del arte griego; respecto de la segunda, declaró, apoyado en Foullée, que no era un inmoralista como Max Stirner, porque tenía un ideal de moralidad condensado en el «superhombre;» en cuanto á la tercera faz, indicó que Nietzsche procedía de los «experencialistas,» vulgarmente llamados positivistas, exagerando las tendencias de éstos hasta el extrem

* El mes de Julio, (*La Revista Moderna* publicará íntegra la Conferencia del Sr. Caso).

de no aceptar más realidad que la conocida, y que era un pesimista por su teoría del «retorno eterno» de la vida y de las cosas, en contraposición á la teoría evolucionista. Discutió la teoría del retorno eterno con argumentos originales y, terminando el examen de la fase filosófica, concluyó su discurso con un tributo de admiración á la personalidad rara y múltiple de Federico Nietzsche.

La conferencia fué interrumpida varias veces por los aplausos prolongados, que culminaron en una ovación al terminar. Es indudable que causó profundo efecto, y hemos oído decir que varios adictos de los estudios filosóficos, piensan escribir algunos artículos sobre los puntos de vista á discusión por Caso.»

.....
(De «El Diario,» de México).

ERECCION DE UNA ESTATUA AL "DUQUE JOB"

Lista de la subscripción abierta por la "Revista Moderna de México," hasta el día 30 de Junio de 1907.

Suma anterior . . .	\$ 3.369 77
Lic. J. López Portillo y Rojas.	25 00
	<hr/>
Total	\$ 3.394 77





Jesús Urueta, nuestro Consultor Artístico.— (De «El Diario Ilustrado»).



VISIONES DE MÉXICO

ÚN ORADOR EXIMIO

La actualidad suele ser cariñosa con nuestros deseos. Siempre consecuente con esa brújula del periodismo moderno, esperaba la ocasión propicia para transmitir á los lectores de «El Figaro,» á través de estas visiones de México, un detalle de la gloria de Jesús Urueta, el más puro, el más gallardo, el más galano y grandilocuente de los oradores de México. Y he aquí que la amable actualidad viene á ofrecerme una oportunidad brillante para, siquiera sea en la brevedad de una crónica, de una visión, hablar sobre su altísima personalidad tribunicia y de su impecable personalidad literaria. El nombre de Jesús Urueta ha estado, durante estos últimos días, en todos los labios y en todos los corazones, y palpitantes están aún en el recuerdo las abrumadoras aclamaciones que acompañaron su monumental discurso en honor de Gutiérrez Nájera y el entusiasmo delirante que detuvo á un millar de personas en la puerta del teatro con el deseo de cargarlo en hombros.

Urueta ha sido el más enérgico y el más elocuente defensor de la memoria de Gutiérrez Nájera, en esta ocasión solemne en

que su memoria se ha profanado con la resurrección de la famosa *Revista Azul* (léase en otra parte «La Muerte de Revista Azul»); con un programa literario completamente distinto al amplio programa de arte y de belleza que en esa misma revista sustentó el «Duque Job.» La juventud literaria de México se irguió para protestar contra semejante desacato en una vibrante hoja, y se propuso organizar una manifestación de protesta solemne dividida en dos partes: la primera, en la tarde del miércoles, fué una manifestación pública que recorrió las principales calles de la ciudad bajo la bandera del «Arte Libre» y terminó en la Alameda, donde escalaron la tribuna los jóvenes Rafael López, con unos gallardos versos; Alfonso Cravioto, quien leyó un bellissimo soneto escrito expresamente para el acto por el poeta Jesús E. Valenzuela; y Ricardo Gómez Robelo, que dijo algunas palabras expresivas y enérgicas. Cúpome también el honor de escalar aquella tribuna, pues fui invitado á hacerlo como representante de otros países donde se admira á Gutiérrez Nájera: hablé, por tanto, en nombre de Santo Domingo, en nombre de Cu-

ba y, en fin, en nombre de la admiración que en toda América se profesa al poeta excelso.

La segunda parte del acto de protesta fué una velada celebrada esa misma noche en el Teatro «Arbeu.» Allí leyó Urbina, con adecuada entonación, unos versos de Nájera; allí desgranaron sus armonías musicales algunos elegidos del arte; allí recitó Roberto Argüelles Bringas unos admirables versos suyos, y allí fué, en fin, donde Jesús Urueta, el gran amigo del «Duque,» el soberbio vindicador de las grandes injusticias, el sacerdote de la suprema belleza, levantó sus yambos irritados para apostrofar «á los que explotan el nombre del poeta y saquean su cripta para una obra de estúpida vanidad y burdo mercantilismo,» y elevó un himno fuerte, robusto, apasionado, ardiente y noble, cantando la pureza de alma de Gutiérrez Nájera, y poniendo de relieve las cualidades fundamentales de su poesía.

Urueta, clamando por el amor, diciendo que amor «es la palabra que recogemos de todas las filosofías que se suicidan, de todas las civilizaciones que se derrumban; amor es la leche que nos da el seno de la madre, la miel que nos escancia la boca de la amada; amor es la ciencia; amor es la naturaleza; amor es la poesía; amor es á veces el odio mismo, porque hay odios benditos; amor es casi siempre el dolor, porque hay dolores envidiables; amor eres tú, Laocoonte trágico, y tú, tranquilo Apoximeno; amor es Satán cuando se rebela; amor es Dios cuando perdona!» diciendo á la juventud: «vosotros elaboraréis más amor, crearéis más fraternidad, sintiendo que «la voz de todo lo que duerme» el *non omnis moriar*, verbo de los muertos ilus-

tres, os empuja con la irresistible fuerza que tiene el espíritu inmortal, hacia el sacrificio fascinante;» Urueta, prorrumpiendo en esos párrafos armoniosos, parecía un apóstol de la buena nueva, un predestinado del arte y de la belleza.

La personalidad de Urueta es una de las más hermosas de la actual literatura mexicana. Ahí están para probarlo sus famosas conferencias, reunidas en un libro con el nombre de *Alma Poesía*, en donde se encierran tan admirables estudios de los clásicos griegos, tan concienzudas observaciones sobre la épica antigua, envueltas en una forma gallarda é impecable. Ahí está su libro *Fresca*, racimo de uvas maduras, lluvia de rosas vírgenes, floración deliciosa de estilo y de concepción, ramillete de ensueños y observaciones sutiles, que deslumbran por la fina discreción del pensamiento y el esplendor escultural de la forma.

Urueta, como orador, ofrece doble encanto, comparado con Urueta como escritor: y es que une á su siempre impecable factura, una voz flexible, expresiva y vibrante que nos impide alejar la atención de las bellezas que declama, porque las hace resaltar con su acento ardiente. En Urueta hay carne de redentor y de apóstol, porque es de los que arrastran con su verbo á las multitudes, es de los que pueden hacer oír y hacer comprender la palabra de verdad; es de los que pueden, con la sugestión de su frase, elevar los corazones, purificar las almas, sacudir á las multitudes y hacer mejores á los hombres y á los pueblos.

MAX HENRÍQUEZ UREÑA.

México, Abril de 1907.

(De «El Figaro,» de la Habana).



LA MOZA DEL CÁNTARO

«Beba, señor, es hielo.» —Cantarina la voz, cual manantial refrigerante, fué remedio á mi sed de caminante más que la propia vena cristalina.

«Gracias.» —Y la piadosa campesina sigue, llevando cántaro, adelante. Lo apoya en la cadera; su arrogante cuerpo á un lado graciosamente inclina.

Yo pensaba: ¡Rebeca! La voz mansa que en la Biblia sonó.... «Bebe y descansa. Trae hacia la cisterna tus camellos.»

Sonreía Eliezer. Los animales tendían á los líquidos cristales con golosa avidez los largos cuellos....

ENRIQUE DIEZ-CANEDO.



De la Exposición de Sketches.—Casa Vieja.—Jorge Enciso.

BIBLIOGRAFIA

“Lirismos,” DE ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

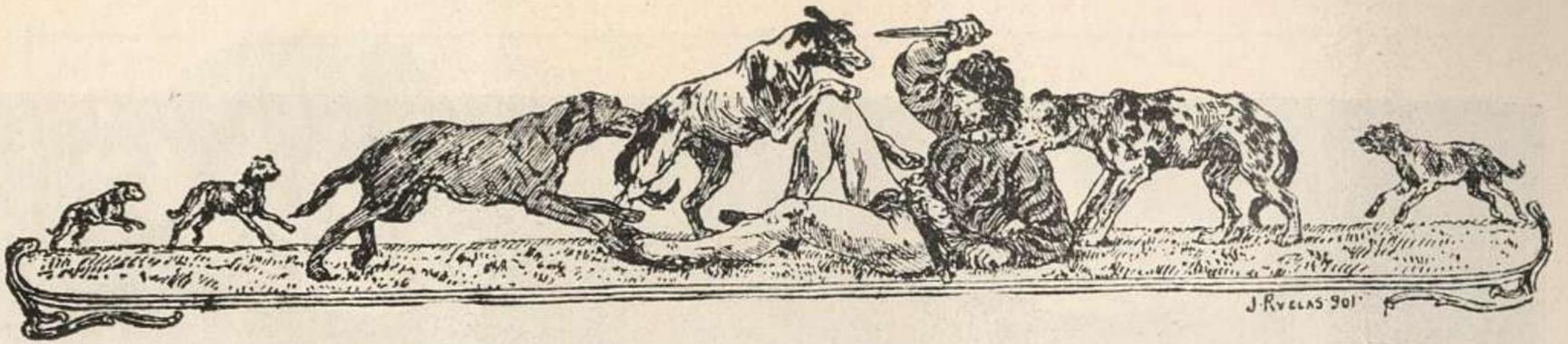
Hemos recibido este libro de versos de nuestro distinguido colaborador Enrique González Martínez. A reserva de ocuparnos de él en nuestro próximo número, damos á su autor las gracias más cordiales por el envío.

Ya nuestros lectores conocen de tiempo, el talento poético de González Martínez, por las poesías que ha publicado esta Revista.

*
* *

“En el País del Ensueño” — Poesías de Pedro N. Ulloa. — Hermosillo, Son., 1907.—El joven poeta Ulloa no es todavía muy conocido. Su libro seguramente le servirá como eficaz tarjeta de introducción en el mundo de la literatura latino-americana, pues tiene composiciones de verdadero mérito. Nosotros hemos publicado ya en nuestra Sección Literaria algunas bellas producciones de Ulloa, y ellas han agradado muchísimo, mereciendo los honores de una constante reproducción.»

(De «La Gaceta de Guadalajara»).



EL CANTO DEL CISNE

Manejo de Rimas, DE JESÚS E. VALENZUELA.

Me imagino un árbol caído en plena vida, un árbol herido por el rayo, que la otra tarde vi en Chapultepec. En torno de él todo sonreía, todo florecía, todo mostraba las arborescencias frescas de Mayo y las eflorescencias radiosas de las primeras lluvias. . . . y de pronto, ¡oh prodigio! del árbol envejecido y seco, hacía explosión una cáctea voladora, una primorosa flor de nopalillo que anhelante surgía también á beber la vida. ¿Qué poder misterioso hizo brotar esa flor de sangre en el árbol marchito? ¿Qué genio misericordioso alegró aquella agonía con el beso de fuego de una divina flor purpúrea, símbolo de la vida?

Son los versos de un niño. ¿Qué fué Valenzuela toda su vida, si no un niño? Sus versos ofrecidos en haz son ingenuos y sencillos. Son infantiles y, por tanto, son originales. ¿Quién, si no un niño viejo, podría hacer esos versos picarescos y regocijados de viejo-niño, de gnomo, de nibelungo, que jugó con el oro del Rhin y vivió la vida locuela de Lorelay la encantadora? Su vida en juventud, fué una perpetua fiesta, fué sonoro como un cascabel, lleno de la alegría de vivir. Una ráfaga de

mi infancia me trae el recuerdo de un gatito que se moría. Los niños le rodeábamos. Uno de ellos, el más pequeño, sostenía colgado á un hilo un cascabel, sobre el amado moribundo. El gatito abrió los ojos un instante, levantó la mano juguetona, y el cascabel sonó. Y esta dulce memoria me embriaga en la serena confianza de los seres que florecen y pasan, tranquilos de haber vivido y haber dado alegría, lo mismo haciendo sonar una burbuja de oro que fecundando con el sagrado hábito de la vida las almas y los cármenes.

Pero también es el Canto del Cisne! ¿Conocéis el bello romance de Tolstoi? Es un pobre músico abandonado en la nieve, solitario en la noche, herido de muerte por el tremendo mal, que ve de pronto iluminarse y refulgir la nieve como en una aurora boreal, como en un incendio de luna; y del misterio, de la encantada fascinación consoladora, viene una voz piadosa y confortante como un óleo, que rasga la acumulación de males sobre el fulminado, y dice en plenitud de gracia: «¡Es el mejor y el más feliz!»

¡Oh poeta muy amado, es tu blasón y tu trofeo: eres el mejor y el más feliz!

RUBÉN M. CAMPOS.

(De «La Gaceta Musical.»)



JORGE ENCISO

El joven pintor de este nombre, abrió una exposición de sus obras á mediados del actual, en un salón de la 3ª Calle de San Francisco. Las invitaciones respectivas, muy artísticas, se hacían notar por un sugestivo dibujo del mismo Enciso, que trazó una figura de niña campesina, sirviéndole de fondo numerosas pencas de nopal, como se ve en el grabado.

La exposición se ha visto muy bien con-

currida, tanto por nuestros artistas cuanto por varias personas de la mejor sociedad; y por lo que hace al mérito de la obra, hemos oído diversos juicios, en lo general muy favorables al artista.

Nuestro próximo número, probablemente dedicará un artículo á Enciso, por otra parte ya conocido de nuestros lectores, por los dibujos que le hemos reproducido anteriormente.



CONFERENCIAS

La juventud de México está dando en estos momentos una nota brillante de esfuerzo y de cultura. Para realizar una idea concebida por el joven y laureado arquitecto Jesús Acevedo, literatos, poetas, músicos y pintores constituyeron la «Sociedad de Conferencias» y organizaron desde luego una primera serie de seis conferencias-conciertos, sin apoyo oficial ni protección alguna.

La culta Directiva del «Casino de Santa María,» puso á la disposición de la «Sociedad» su amplio y elegante salón, y allí ha comenzado á celebrarse la primera serie anunciada.

La primera conferencia (29 de Mayo), á cargo de Alfonso Cravioto, fué una disertación sobre «La obra pictórica de Carrière,» ilustrada con magníficas fotografías parisienses que trajo el conferencista de su reciente viaje por Europa, y se expusieron en un salón contiguo. La segunda (12 de Junio), á cargo de Antonio Caso, versó sobre Nietzsche, su significación y su influencia en el pensamiento moderno. Ambas fueron éxitos completísimos, aunque por distinto modo: Cravioto, sutil y delicado en sus juicios, fino y hábil en la frase; Caso, nutrido y profundo á la vez que piadoso en sus conceptos, enérgico y brillante en su oratoria. Nuestros lectores podrán juzgar de ambos trabajos, que aparecerán en esta Revista.

Contribuyeron al éxito, en la primera velada, Nemesio García Naranjo, con su poema «La Dolora de Campoamor,» deliciosamente original en sus sugerencias clásicas; y el literato dominicano, Max Henríquez Ureña, quien se presentó como pianista, ejecutando el Scherzo Núm. 2 de Chopin; en la segunda conferencia, Manuel de la Parra recitó «El Castellano y la Lejana,» y la señorita Elena Rebolledo interpretó al piano la Rapsodia 12 de Listz, cerrando la parte musical la señora María Enriqueta C. de Pereyra, distinguida poetisa que engalana el presente número de la Revista con una de sus composiciones.

En el momento de imprimirse este número (26 de Junio), debe efectuarse la tercera conferencia, á cargo de Pedro Henríquez Ureña, sobre Gabriel y Galán. Seguirán á ésta, «La evolución de la crítica,» por Rubén Valenti (10 de Julio); «El Porvenir de nuestra arquitectura,» por Jesús Acevedo (24 de Julio), y «La obra de Edgard Poe,» por Ricardo Gómez Robelo (7 de Agosto). Probablemente á fines de Agosto se abrirá una exposición artística de los jóvenes, organizada por la misma Sociedad, y cuya apertura se celebrará con una conferencia de Angel Zárraga. La Directiva del «Casino de Santa María» hará una edición de todas las conferencias y poesías.



VII

HAMILCAR BARCA

El Anunciador de las Lunas, que vigilaba todas las noches desde lo alto del templo de Eschmún, para señalar con su trompeta las agitaciones del astro, advirtió una mañana por el lado de Occidente, algo parecido á un pájaro rozando con las alas la superficie del mar.

Era un navío con tres órdenes de remeros y que llevaba un caballo esculpido en la proa. Elevábase el sol; el Anunciador de las Lunas se puso la mano ante los ojos, y luego, cogiendo su clarín, lo hizo sonar con dirección á Cartago.

De todas las casas salió gente; no se quería creer lo que ocurría, disputaban y el muelle se llenó de curiosos. Por fin se reconoció la trirreme de Hamílcar, que avanzaba orgullosa y feroz con la antena recta, la vela hinchada, hendiendo la espuma; sus remos gigantes se hundían en el agua cadenciosamente. En la extremidad de la quilla, formada como la reja de un arado, y bajo el espolón que remataba la proa, aparecía encabritado el caballo de marfil, como si corriera sobre las llanuras del mar.

Cesó el viento, cayó la vela y se vió junto al piloto un hombre de pie, con la cabeza desnuda. ¡Era el Suffeta Hamílcar! Llevaba en torno de la cintura anchas hojas de hierro que relucían, y un manto rojo pendía de sus hombros, dejando ver sus brazos; dos perlas alargadas colgaban de sus orejas y rodaba sobre su pecho la barba espesa y negra.

Empujada por las olas, la galera tocó el muelle, y la multitud la seguía andando y gritando: —¡Salud! ¡Bendición! ¡Ojo de Khamon! ¡Cuidado, Barca!

Este no contestó, como si el clamor del Océano y de las batallas le hubiesen ensordecido; pero cuando llegó al pie de la escalera que bajaba del Acrópolis, inclinó la cabeza, y

cruzado de brazos miró el templo de Eschmun; su mirada subió más aún, perdiéndose en la bóveda inmensa. Con voz áspera dió una orden á los marineros; la trirreme saltó, rozó el idolo que se erguía en el ángulo del muelle para detener las tempestades, y en el puerto del Comercio, lleno de inmundicias, de trozos de madera y cáscaras de frutas, rechazaba ó partía los otros navíos amarrados á estacas y que terminaban en mandíbulas de cocodrilo. El pueblo acudía allí, y algunos, para verle más de cerca, se echaron al agua; el buque estaba ya ante la puerta erizada de clavos que, al levantarse, lo hizo desaparecer bajo la bóveda profunda.

El puerto militar estaba completamente separado de la ciudad; cuando llegaban embajadores, les era preciso pasar entre dos murallas por un corredor que desembocaba á la izquierda, frente al templo de Khamon. Aquella gran extensión, redonda como un vaso, cubierta de agua, hallábase rodeada de muelles, donde había como grandes nichos para abrigar á los navíos; delante de cada uno se levantaban dos columnas que tenían en su capitel los cuernos de Ammon, formando así una línea de pórticos alrededor del estanque. En el centro, en una isla, se levantaba una casa para el suffeta del mar.

El agua era tan límpida, que se veía el fondo pavimentado de guijarros blancos; el ruido de las calles no llegaba hasta allí, y Hamilcar, al pasar, reconocía las trirremes que había mandado.

De éstas sólo quedaban unas veinte cuidadosamente resguardadas, cubiertas de dorados y de símbolos místicos; pero por la acción del tiempo, las Quimeras habían perdido sus alas, los dioses sus brazos, los toros sus cuernos de plata. Despintadas, inertes, podridas, pero llenas de recuerdos, exhalaban aún como el aroma de sus viajes, y al ver pasar á Hamilcar, al igual de los soldados mutilados que vuelven á ver á su antiguo jefe, parecían decirle: — ¡somos nosotras! ¡somos nosotras! ¡Tú también eres un vencido!—

Fuera del suffeta del mar, nadie podía entrar en la casa almirante, á quien se consideraba siempre vivo, hasta que se tenía la prueba de su muerte. De ese modo los antiguos evitaban un amo, y tampoco esta vez habían faltado á su costumbre. El suffeta penetró en las salas desiertas. A cada paso encontraba armaduras, muebles, objetos conocidos, y que sin embargo le admiraban; en el vestibulo había aún, en un pebetero, la ceniza de los perfumes quemados al partir para conjurar á Mel'Kart. No era de aquel modo como esperaba volver. Todo lo que había hecho, cuanto había visto, apareció en su memoria; los asaltos, los incendios, las legiones, las tempestades; Drepano, Siracusa, Lilibea, el monte Etna, la meseta de Eryx; cinco años de batallas, hasta el día funesto en que, deponiendo las armas, se perdió Sicilia.

Subió al último piso de la casa; luego, sacando de una concha de oro suspendida á su brazo una espátula adornada de clavos, abrió la puerta de una salita oval.

Delgadas redondelas negras, hundidas en la pared y transparentes como el cristal, la iluminaban suavemente. Entre las hileras de aquellos discos iguales, se veían unos agujeros parecidos á los de las urnas en los columbarios. Cada uno contenía una piedra esférica, negruzca, que parecía muy pesada. Únicamente las inteligencias superiores honraban aquellas piedras desprendidas de la luna. Por su caída representaban los astros, el cielo, el fuego; por su color, la noche tenebrosa; por su densidad, la cohesión de las cosas terrestres. Una atmósfera sofocante llenaba aquel lugar místico. La arena del mar que el viento había empujado á través de la puerta, blanqueaba las piedras redondas de los nichos. Hamilcar, con la punta de su dedo, las contó todas; luego ocultó el rostro bajo un velo color de azafrán, y cayendo de rodillas se echó de bruces con los brazos extendidos.

La luz de afuera atravesaba las hojas oscuras que tapaban las ventanillas. Arborescencias, montículos, torbellinos, extraños animales, se dibujaban en su diáfano espesor y

la luz llegaba espantable y pacífica; sin embargo, como debe existir tras el sol, en los tristes espacios de las creaciones futuras. Hamilcar se esforzó en borrar de su mente todas las formas, todas los símbolos y apelativos de los dioses, á fin de comprender mejor el inmutable espíritu que las apariencias ocultan. Algo de las vitalidades planetarias le penetraba, mientras sentía por la muerte y por los azares un desdén más hondo y más íntimo. Cuando se levantó, sentíase lleno de una intrepidez serena, invulnerable á la misericordia, al temor, y como sentía pesar aquella atmósfera sobre su pecho, subió á la cima de la torre que dominaba á Cartago.

La ciudad se extendía en pendiente con sus cúpulas, sus templos, sus techos de oro, sus casas, sus grupos de palmeras, sus bolas de cristal que lanzaban destellos y las murallas formaban como una gigantesca guarnición á aquel cuerno de la abundancia que parecía verterse á sus pies. Abajo veía los puertos, las plazas, el interior de los patios, las líneas de las calles, los hombres diminutos casi pegados al pavimento. ¡Ah! si Hannon no hubiese llegado demasiado tarde el día de las islas Egates! Sus ojos se hundieron en el extremo horizonte y tendió hacia el lado de Roma los brazos temblorosos.

La muchedumbre ocupaba las gradas del Acrópolis. En la plaza de Khamon había empujones para ver al suffeta cuando saliera. Las terrazas se llenaban de gente. Algunos le reconocieron. Se le saludaba; entonces se retiró, para mejor excitar la impaciencia del pueblo.

Hamilcar encontró en el gran salón á los hombres más prominentes de su partido: Istatten, Subeldia, Kectamón, Jeubas, y otros. Le contaron cuanto había ocurrido desde que se firmó la paz: la avaricia de los antiguos, la marcha de los soldados, su vuelta, sus exigencias, la captura de Giscón, el robo del Zaimph; Utica socorrida y después abandonada; pero nadie se atrevió á decirle los acontecimientos que le concernían. Por fin se separaron, para verse de nuevo durante la noche en la asamblea de los antiguos, en el templo de Moloch.

Acababan de salir, cuando estalló un gran tumulto junto á la puerta. A pesar de los criados, alguien quería entrar, y, como el escándalo redoblaba, Hamilcar mandó que introdujeran al desconocido. Entonces se adelantó una vieja negra, encorvada, arrugada, temblorosa, de facha estúpida, envuelta hasta los talones en amplios velos azules. Llegó á un paso del suffeta, y se miraron mutuamente largo tiempo. De repente se estremeció Hamilcar, y á un ademán suyo, los esclavos se fueron; entonces, haciendo señal de que anduviera con precaución, la condujo á una habitación apartada.

La negra se echó al suelo, y quiso besarle los pies, pero él la levantó brutalmente.

—¿Dónde le has dejado, Iddibal?

—Allá, señor.

Y desembarazándose de sus velos, frotó con su manga el rostro; el color negro, el temblor senil, el encorvamiento, desaparecieron. Era un robusto anciano, cuya piel parecía curtida por la arena, el viento y el mar; un mechón de cabellos blancos se erguía sobre su cráneo, como el plumero de un pájaro, y con una ojeada irónica, mostraba en el suelo el disfraz caído.

—¡Has hecho bien, Iddibal! ¡Muy bien!

Luego, como atravesándole, con una mirada aguda:

¿Nadie sospecha todavía?.....

El viejo juró por los Kabyros, que el secreto estaba bien guardado; no abandonaban nunca su cabaña, á tres días de Adrunseto, en una plaza poblada de tortugas y con palmeras sobre las dunas.

—Siguiendo tus órdenes, amo mío, le enseñó á lanzar jabalinas y á guiar cuádrigas.

—¿Es robusto, verdad?

—¡Si, y muy intrépido! No teme ni las serpientes, ni el trueno, ni las fantasmas. Corre descalzo, como un pastor, por la orilla de los precipicios.

--¡Habla! ¡Habla!

—De continuo inventa trampas para los animales feroces. En la otra luna, ¿lo creerás? sorprendió una águila; ésta le arrastraba, y la sangre del ave de rapiña, y la sangre del niño, se esparcían por el aire en anchas gotas, como rosas voladoras; el animal, furioso, le envolvía con sus alas; él la estrechaba contra su pecho, y á medida que el águila agonizaba, redoblaba su risa, sonora y soberbia como el choque de las espadas!

Hamílcar bajaba la cabeza, deslumbrado, por esos presagios de grandeza.

—Desde hace algún tiempo, siente como una especie de inquietud; mira á lo lejos las velas que pasan sobre el mar, y está triste, rechaza el pan, quiere conocer á los dioses, y desea ir á Cartago.

—¡No, no! ¡Aun no!—exclamó el suffeta.

El viejo esclavo pareció saber el peligro que asustaba á Hamílcar, y contestó:

—¿Cómo contenerle? Le he de hacer promesas, y he venido á Cartago sólo por comprarle un puñal con mango de plata rodeado de perlas.

Contó qué habiendo visto al suffeta en la terraza, se había presentado á los guardias del puerto como una de las mujeres de Salammbó, para llegar hasta él.

Hamílcar permaneció largo rato absorto en sus pensamientos, y luego dijo:

—Mañana estarás en Megara, al ponerse el sol, detrás de las fábricas de púrpura, é imitarás por tres veces el grito del chacal. Si no me ves, volverás á Cartago el primer día de cada luna. ¡No olvides nada! ¡Cúidale! Ya puedes hablarle de Hamílcar.

El esclavo se puso de nuevo su disfraz, y ambos salieron de la casa y del puerto.

Hamílcar continuó solo y á pie, sin escolta, pues las reuniones de los antiguos eran en circunstancias extraordinarias, muy secretas, y se acudía á ellas misteriosamente.

Primero siguió la fachada oriental del Acrópolis, pasó después por el Mercado de hierbas, las galerías del Quisnido, y por el arrabal de los perfeccionistas. Las escasas luces se extinguían; las calles más anchas quedaban silenciosas; luego algunas sombras se deslizaron por las tinieblas; le siguieron, y todas se dirigieron con él hacia los mappales.

El templo de Moloch estaba edificado en un lugar siniestro, al pie de una garganta escarpada. Desde abajo sólo se veían altos muros que subían indefinidamente, como las paredes de una monstruosa tumba. La noche era sombría; una niebla gris, parecía pesar sobre el mar, el cual chocaba contra el acantilado, con un rumor de estertores y sollozos, y las sombras se desvanecían gradualmente, como si hubiesen pasado á través de las paredes.

Tan pronto como se salvaba la puerta, aparecía un ancho patio cuadrangular, con soportales. En el centro, surgía una masa arquitectónica ochavada, cubierta por varias cúpulas que se amontonaban alrededor de un segundo piso, que tenía una especie de rotonda, de la que emergía un cono de vértice encorvado, que terminaba en una esfera.

En cilindros de filigrana, embutidos en largas perchas llevadas por esclavos, ardian deslumbradoras llamas.

Las luces vacilaban con las ráfagas del viento, y los esclavos corrían y se llamaban para recibir á los antiguos.

En el pavimento, de trecho en trecho, estaban agazapados á guisa de esfinges, leones enormes, símbolos vivientes del sol devorador. Estaban adormilados, con los párpados entreabiertos, pero despertaban al ruido de los pasos y de las voces, y se levantaban lentamente, iban hacia los Antiguos, á quienes conocían por su traje, y se frotaban con sus piernas, enarcando el lomo con bostezos sonoros; el vapor de su aliento velaba un tanto la luz de las antorchas.

Redobló la agitación. Cerráronse las puertas; los sacerdotes huyeron, y los antiguos desaparecieron entre las columnas que formaban un inmenso vestibulo en torno del templo; estaban dispuestas de manera que reprodujeran en sus filas, circulares concéntricas, el período saturniano, con los años, los meses y los días, y se tocaban, por fin, al llegar á la pared del santuario.

Allí es donde los antiguos dejaban sus bastones de asta, pues una ley, siempre observada, castigaba con la muerte al que tomaba parte en la sesión llevando un arma cualquiera. Muchos tenían en la orilla del manto, un desgarrón contenido por una franja de púrpura, para demostrar que, llorando á sus parientes, no habían cuidado de sus vestidos. Otros llevaban la barba encerrada en un saquito de piel de violeta que dos cordones sujetaban á las orejas. Todos se saludaron, abrazándose estrechamente; rodeaban á Hamílcar, le felicitaban; se hubiera dicho que eran hermanos que volvían á verse.

Aquellos hombres, eran casi todos rechonchos y anchos de espalda, con la nariz encorvada como los colosos asirios; algunos, por sus pómulos más salientes, su estatura más alta y los pies más estrechos, delataban su origen africano, antecesores nómadas; los que vivían de continuo en el fondo de sus tiendas, tenían el rostro pálido; otros ostentaban como la huella de la severidad del desierto. Se conocía á los marineros por el balanceo de su marcha, y los agricultores olían á campo, á hierbas secas y á sudor de mulo. Aquellos viejos piratas hacían labrar los campos. Aquellos acumuladores de dinero, equipaban navíos y alimentaban esclavos diestros en toda clase de oficios.

Pasaron por una sala abovedada que tenía la forma de un huevo; siete cuerpos, correspondientes á los siete planetas, dibujaban en la pared siete cuadros de colores distintos. Después de atravesar otra sala, penetraron en una mayor que las anteriores.

Un candelabro cubierto de flores cinceladas, ardía en el fondo, y cada uno de sus ocho brazos de oro, tenía, en cálices de diamantes, una mecha de bysso; estaba colocado en el último peldaño de los que conducían á un gran altar que terminaba, en los ángulos, por grandes cuernos de bronce; dos escaleras laterales conducían á su cima plana; no se veían las piedras, y parecía una montaña de cenizas acumuladas, en la que algo indistinto humeaba encima lentamente. Más allá, más alto que el candelabro y que el altar, se levantaba el Moloch de hierro con su pecho de hombre, en el que se veían varias aberturas; sus alas desplegadas llegaban á la pared; las manos pendientes, tocaban el suelo; tres piedras negras rodeadas de un círculo amarillo; figuraban tres ojos en su frente, y como si fuere á mugir, levantaba con esfuerzo terrible su cabeza de toro.

Alrededor de la sala estaban alineados escabeles de ébano. Un brazo de cobre que reposaba sobre sus garras, detrás de cada uno sostenía una antorcha. Todas aquellas luces se reflejaban en las losas de nácar que pavimentaban la estancia. Era tan alta, que el color rojo de las paredes, al llegar cerca de la bóveda, parecía negro, y los tres ojos del ídolo fulguraban en lo alto como estrellas perdidas en las tinieblas.

Los Antiguos se sentaron en los escabeles de ébano, colocando en su cabeza la cola del traje. Permanecían inmóviles, con las manos escondidas en sus anchas mangas, y el pavimento de nácar parecía un río luminoso que corría desde el altar á la puerta, deslizándose bajo sus pies desnudos.

Los cuatro pontífices estaban en el centro, espalda contra espalda, en cuatro sitios de marfil que formaban cruz. El gran sacerdote de Eschuum, con traje de color de jacinto; el gran sacerdote de Tanit, vestido de blanco; el gran sacerdote de Khamon, con una túnica de lana oscura, y el gran sacerdote de Moloch, con manto de púrpura.

Hamílcar se adelantó al candelabro, dió una vuelta á su alrededor, y después de mirar las mechas que ardían, echó sobre ellas un polvo perfumado, y llamas violáceas brotaron en la extremidad de los brazos.

Entonces, una voz aguda se levantó, otra le contestó: y los cien Antiguos, los cuatro pontífices y Hamílcar, de pie todos, á una entonaron un himno, y repitiendo siempre las mismas sílabas, y aumentando de tonó, sus voces crecieron, estallaron, produjeron terror, y luego callaron á un tiempo.

Permanecieron unos instantes en silencio; por fin, Hamílcar sacó de su pecho una estatuita de tres cabezas, azul como un zafiro, y la colocó delante de él. Era la imagen de la verdad, el genio de su palabra. La volvió á colocar en su seno, y todos, como acometidos de una cólera repentina, exclamaron:

—¡Son tus grandes amigos los bárbaros! ¡Traidor! ¡Infame! ¿Vienes para vernos perecer? ¿No es eso? ¡Dejadle hablar!

—¡No, no!

Se vengaban de la prudencia á que les había constreñido el ceremonial político poco antes, y aun cuando deseaban la muerte de Hamílcar, se indignaban ahora porque no previno sus desastres, ó porque no los había padecido como ellos.

Cuando se calmó el tumulto, el sacerdote de Moloch se levantó.

—Te preguntamos, ¿por qué no has vuelto á Cartago?

—¿Qué os importa?—Contestó con desdén el suffeta.

Los clamoreos redoblaron.

—¿De qué me acusáis? ¿Acaso no he cumplido en la guerra con mi deber? Habéis visto el plan de mis batallas, vosotros que decíais que mis bárbaros

—¡Basta! ¡basta!

Con voz reconcentrada para que le escucharan con más atención, añadió:

—¡Ah! ¡es verdad! ¡Me he engañado, lumbreras de los Baals; también hay gente intrépida entre vosotros!

¡Levántate, Giscón!

Y recorriendo el peldaño del altar con los párpados entornados, como buscando á alguien, repitió: ¡Levántate, Giscón! Tú puedes acusarme, y éstos defenderán. Pero, ¿dónde está?

Luego, como comprendiendo:

—¡Ah! ¡en su casa, sin duda! ¡rodeado de sus hijos! mandando á sus esclavos y contando en la pared los collares de honor que la patria le ha dado.

Todos se agitaron, encogiéndose de hombros como flagelados por un látigo.

—¡No sabéis siquiera si ha muerto ó vive! Sin cuidarse de sus clamores, afirmaba, que abandonando al suffeta, abandonaron la República. De igual modo la paz romana, que tan ventajosa les pareció, resultaba más funesta que veinte batallas. Sus adversarios, jefes de los syssitas, le vencieron por su número; los más importantes se habían agrupado junto á Hannon que estaba sentado en el otro extremo de la sala, ante una gran puerta, cerrada por un tapiz color de jacinto.

Había pintado de colorete las úlceras de su rostro, pero el polvo de oro de sus cabellos había caído sobre sus hombros, y formaba dos placas brillantes; aquellos parecían blancos, finos y ensortijados, como la lana; paños saturados de un perfume oleoso que goteaba sobre las losas, envolvían sus manos y su enfermedad había empeorado, sin duda, pues sus ojos desaparecían bajo los pliegues de los párpados, y para ver, tenía que echar atrás la cabeza. Sus partidarios querían que hablase; al cabo dijo con voz ronca y desagradable:

—¡Menos arrogancia, Barca! ¡Todos hemos sido vencidos! ¡Todos nos resignamos! ¡Hazlo tú también!

—¡Al contrario!—exclamó Hamílcar sonriendo,—dinos cómo gobernaste tus galeras contra la flota romana.

—El viento me empujaba—contestó Hannon.

—Haces como el rinoceronte, que pisotea sus excrementos. Patentizas tu estupidez. ¡Cállate!

Y se recriminaron sobre la batalla de las Islas Egates.

Hannón le acusaba de no haberle auxiliado.

—Hubiera sido abandonar Eryx; era preciso dirigirse á alta mar; ¿quién te lo impedía? ¡Ah! ¡no me acordaba! Los elefantes temen al mar.

Los amigos de Hamílcar gustaron tanto de la broma, que prorrumpieron en grandes carcajadas.

Hannón denunció la indignidad del ultraje; aquella enfermedad le sobrevino á consecuencia de un enfriamiento en el sitio de Hecatompylo, y el llanto corría por su rostro, como una lluvia de invierno sobre un muro ruinoso.

Hamílcar añadió:

—Si me hubiereis amado tanto como á éste, ahora reinaria la alegría en Cartago! ¡Cuántas veces te he invocado! ¡y siempre rehusabais el dinero!

—¡Lo necesitábamos!—contestaron los jefes de los syssitos.

—Cuando todo iba de mal en peor, pues llegamos á beber los orines de los mulos, y comido las correas de nuestras sandalias; cuando hubiera querido que los tallos de hierba fueran soldados y formar batallones con la podredumbre de nuestros muertos, acordaos de que aquí teniais muchas galeras intactas.

—No podíamos arriesgarlo todo de una vez—contestó Baat-Baal, dueño de minas de oro en Jetulia.

—¿Qué haciais en Cartago, detrás de las murallas, en vuestras casas? Había galos junto al Eridan que era preciso rechazar; Cananeos que hubiesen venido de Cyrene; entretanto, los romanos enviaban embajadores á Petolomer.

—¡Ahora elogia á los romanos!

Alguien gritó:

—¿Cuánto te han dado por defenderles?

—¡Preguntalo á las llanuras del Brutio, á las ruinas de Locres, de Metaponte y de Heraclea!

¡He quemado todos sus árboles, saqueado todos sus templos, y matado hasta los hijos de sus hijos!

—Declamas como un catedrático—contestó Kapuras, mercader ilustre.—¿Qué quieres, pues?

—¡Digo que era preciso ser más ingenioso ó más terrible! Si el África entera rechaza vuestro yugo, es porque no sabéis uncirlo á su cerviz. Agatocles y Régulo, Copio, todos los hombres audaces, la toman con solo desembarcar; y cuando los libios que están en Oriente, se unan á los númidas de Occidente, y los nómadas vengan del Sur, y los romanos del Norte.....

Un grito de horror resonó en la sala.

—¡Ah! ¡entonces golpearéis vuestros pechos, os revolcaréis en el polvo, y desgarraréis vuestros mantos! ¡De poco ha de servir! Iréis á rodar las muelas de subarra, y á vendimiarse en las colinas de Lacio.

Golpeáronse el muslo derecho para patentizar su escándalo, y las mangas de las túnicas se levantaban como grandes alas de aves asustadas. Hamílcar, dominado por la cólera, seguía de pie en el último peldaño del altar, tembloroso, terrible. Levantaba los brazos, y los rayos del candelabro que estaba á su espalda, pasaban entre sus dedos como dardos de oro.

—Perderéis vuestros navíos, vuestros campos, vuestros lechos suspendidos y los esclavos que os frotan los pies. Los chacales dormirán en vuestros palacios; el arado volcará



vuestras tumbas. ¡Sólo quedará el grito de las águilas y el montón de las ruinas! ¡Caerás, Cartago!

Los cuatro pontífices extendieron las manos para apartar el anatema. Todos se habían levantado, pero el suffeta del mar, magistrado sacerdotal bajo la protección del sol, era inviolable, mientras la asamblea de los Ricos no le hubiese juzgado. El altar inspiraba terror. Retrocedieron.

“REVISTA MODERNA DE MEXICO”

MAGAZINE ILUSTRADO.

Subscripción en la ciudad, semestre adelantado	\$ 3 00
En los Estados y Extranjero ” ” 	4 00
Número suelto, en la ciudad	0 60

Propietarios: JESUS E. VALENZUELA y AMADO NERVO.

Director: JESUS E. VALENZUELA.

Consultor artístico: JESUS URUETA.

Secretario de Redacción: EMILIO VALENZUELA

Dirección: Cordobanes núm. 2. Apartado 49 bis.

SUMARIO DEL NUMERO 5.

TEXTO:

- Viajes extraordinarios de Sir Job, Duque.—Manuel Gutiérrez Nájera (conclusión).
Soneto.—Rubén Darío.
Don Quijote y Bolívar.—Miguel de Unamuno.
Fugaz como un ensueño.—José de J. Núñez y Domínguez.
Un milagro.—Alfonso Hernández Catá.
Poemas que España manda á México.—Andrés González-Blanco.
Hojas de Bambú.—Efrén Rebolledo.
El desaliento pasa. . . .—Alfonso Cravioto.
En memoria de Leopoldo Alas.—Pedro González-Blanco.
Tres instantes.—Rafael López.
Alocución del Sr. Diputado Juan Sánchez Azcona.
A Manón.—Manuel Ugarte.
Horas.—Jesús Semprum.
De «Manojo de Rimas.»—Jesús E. Valenzuela.
Un clásico del siglo XX.—Pedro Henríquez Ureña.
Tito V. Lisoni.
Julio Florez.
La España que nace.—Cristóbal de Castro.
Insomnio.—Roberto Argüelles Bringas.
Angel Zárraga.
Libros nuevos.—R. L.
Libros recibidos.
Notas bibliográficas.
La Verdad.
Sociedad de alumnos de la Escuela N. Preparatoria.
Erección de una estatua al «Duque Job.»
Folletín de la «Revista Moderna.»

GRABADOS:

- La Esfinge.—Agua fuerte de Julio Ruelas.
Roma antigua.
Angel Zárraga.

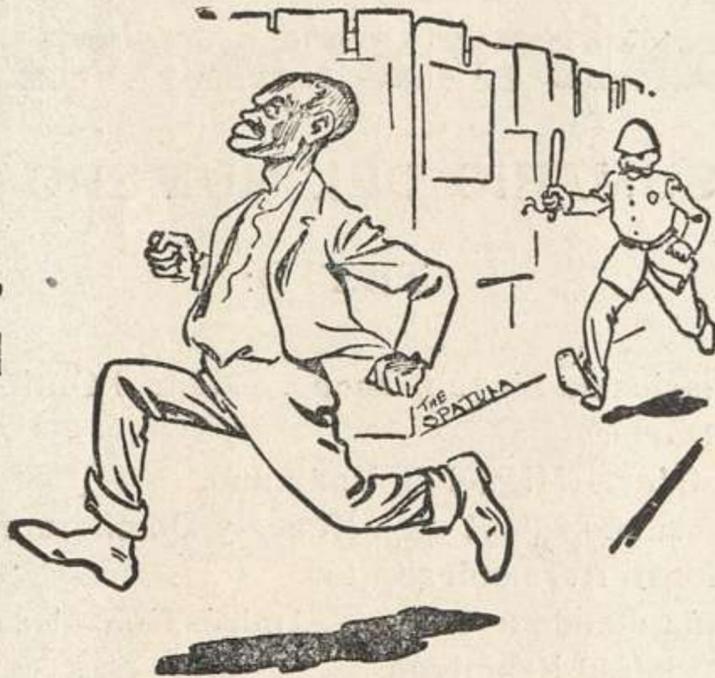
LAS PILDORAS NACIONALES

SON UN MARAVILLOSO

REMEDIO ANTIPALUDICO

Mucho más eficaz
que la quinina
Contra Calenturas,
Influenza, Debilidad
y Anemia.

No exigen dieta.



A la vez que es-
timulan el apetito y
producen sangre y
fuerzas, destruyen
todo germen de Ma-
laria ó Paludismo,
sin ser purgantes.

¡HACEN CORRER A LAS CALENTURAS!

DE VENTA:

En todas las Droguerías y Boticas

Cajas chicas . . . \$ 0 50

Id. grandes . \$ 1 25

Descuentos Liberales

al Comercio.



Las enviamos
á cualquier parte

Por Correo

FRANCO DE PORTE

A toda persona que lo solicite
le enviaremos "gratis"
un folleto.



Compañía de las Píldoras Nacionales.

Primera de San Francisco Núm. 14.